

FBI

Selecciones

R

JOHN WOTMAN

**LA MUERTE
SE SIENTA AL PIANO**



**SELECCIONES
DEL
F. B. I.**

JOHN WOTMAN

**LA MUERTE
SE SIENTA
AL PIANO**

© JOHN WOTMAN

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro Garcia, 17.

Madrid - 5. España

Printed in Spain

Depósito Legal: M. 21.943-1968

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

U

Un ruido raro, estruendoso, le sacó de su mutismo. Sonaba por encima del techo, en un cielo que no veía y que adivinaba.

—Es un helicóptero, señor —murmuró el camarero al darse cuenta de que Joseph Yonsky levantaba los ojos intentando taladrar la pared que le privaba de la visión.

Joseph Yonsky se pasó la mano por el rostro. Lo hizo con lentitud, casi con complacencia. Sintió la piel suave y tersa bajo la palma de su mano y sonrió. Su sonrisa fue triste, porque detrás dejaba muchas cosas.

El ruido del motor del helicóptero volvió a sonar con insistencia, creando un ruido monstruoso. Se oía con claridad cuando se acercaba, o cuando evolucionaba trazando amplios círculos sobre el vapor.

—Siempre sucede esto, señor —volvió a hablar el camarero—. Cuando nos acercamos al puerto de Nueva York la Policía realiza unas pasadas sobre el vapor.

—¿Por qué? —preguntó Yonsky de un modo maquinal.

El camarero continuó limpiando los vasos. Se encogió de hombros.

—No lo sé, pero es así. A mí este ruido me recuerda que he llegado a mi patria y me tranquiliza.

—A mí me recuerda que he abandonado la mía y que a mis espaldas he dejado un verdadero infierno.

Joseph Yonsky acabó de beberse el «*whisky*» del vaso y dejó una moneda sobre el mostrador.

—Quédate el resto, amigo. Creo que será la última vez que beba en este bar.

Salió a la cubierta del vapor.

Se sintió empequeñecido, como una partícula minúscula, inmensa en el océano. No estaba solo, a su alrededor se movía la gente con rapidez, con el ajetreo propio de las llegadas a puerto que señalaban el final de la travesía. Y sin embargo, se sabía solo.

A lo lejos, como un hombre de nieve, se levantaba la estatua de la Libertad. Su mole blanca aparecía como flotando sobre las aguas, resaltando sobre el fondo gris de los rascacielos que se vislumbraban más lejos. Nueva York, la ciudad más monstruosa del mundo, prestaba su silueta llena de altibajos rara aquel paisaje que

a Joseph Yonsky le parecía maravilloso porque representaba la libertad.

El helicóptero volvió a pasar sobre el «Queen Mary», el enorme trasatlántico.

Yonsky, en un gesto instintivo que no pudo contener, cerró los ojos y hundió su cabeza entre los hombros. Luego, un segundo después, se dio cuenta de la estupidez que representaba aquel gesto y se sonrió.

Miró al cielo. Vio con claridad el rostro del aviador y del ayudante, cubiertos por las caretas de protección. Pudo distinguir perfectamente las gruesas cazadoras de piel negra que les cubrían el torso.

Y haciendo un ligero esfuerzo de imaginación, no vio el odio que dos semanas antes había creído ver en los ojos de los tripulantes de otro helicóptero.

Había sido en Hungría, cerca de la frontera con Austria, en un paisaje montañoso, cubierto de nieve, por el que era casi imposible transitar. Sólo se atrevían a moverse entre aquellas cumbres los hombres que preferían la muerte en las montañas en busca de la libertad, que la opresión de un país comunista.

Nunca en su vida se le olvidarían aquellos momentos, cuando tirado entre nieve, pegado a una pared rocosa, buscando en los ángulos muertos el refugio que la blancura de la nieve le negaba, había podido ver muy cerca, a menos de cincuenta metros, suspendido por las alas metálicas, un helicóptero del servicio de fronteras de la Policía Húngara Comunista.

A pesar del frío, el sudor le nacía en la frente como si se encontrase al lado de un horno. A menos de cien metros, al otro lado de la cresta, se encontraba Austria. Sabía lo que representaba aquel nombre mágico: la libertad, el placer de no sentirse bajo una dictadura férrea, el saberse capaz de tomar una decisión sin que el gobierno impusiese otra... Representaba ser hombre.

Lo tenía al alcance de la mano, cuando oyó el ronroneo del helicóptero. Habían sido unos minutos de angustia terribles, cuando empezaba a saber el gusto que tenía la libertad. Al fin, el helicóptero dio una vuelta más y elevándose desapareció.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando ya bajo sus pies se hallaba la tierra austríaca.

Dos millas después fue descubierto por las patrullas fronterizas del Ejército Austríaco.

Levantó los brazos y las lágrimas, de alegría, resbalaron por su rostro.

—¿Húngaro? —preguntó uno de los soldados.

Asintió moviendo lentamente la cabeza.

A través de los ojos cubiertos por las lágrimas, vio que le indicaban que bajase los brazos.

—¿Ha sido duro? —le preguntó el hombre que parecía mandar aquella patrulla, tendiéndole un termo.

—Sí... Gracias —murmuró mientras bebía el contenido. Sintió una caricia caliente en su interior, pero no supo si era café, alcohol o leche... Le era igual, bastaba con ser una bebida ofrecida por manos amigas, pertenecientes a un país de hombres libres.

—¿Puede andar?

—Supongo. He hecho quince millas por las montañas desde el atardecer de ayer... No me importan unas más.

—Si lo prefiere, dejaré dos hombres a su lado y dentro de unas horas vendrá una ambulancia a recogerle. Por desgracia, no es muy frecuente encontrar hombres que logren salir con vida del infierno del otro lado de las fronteras, pero sabemos cómo salen los pocos que lo logran... ¿Cómo se llama?

—Yonsky, Joseph Yonsky.

—¿Qué?

—Joseph Yonsky —volvió a repetir.

—¿El pianista?... ¿El célebre compositor?...

—Sí... el pianista. —Repetió las palabras como el eco. El célebre compositor... —musitó adelantando las manos y mostrándolas embotadas, casi heladas, temblando. El pianista... —volvió a repetir.

Los siete hombres de la patrulla se miraron entre sí. En todos sus rostros se veía la sorpresa.

—Demonios, demonios... —Fueron las únicas palabras que salieron de los labios del jefe de la patrulla.

Minutos después volvieron a reemprender la marcha. Y tres millas más tarde, llegaron a un cuartel de alta montaña, en donde Joseph Yonsky fue hospitalizado.

Desde allí la noticia llegó a Viena. Y desde Viena, lanzada por los teletipos de todos los grandes periódicos del mundo, a caballo de los invisibles hilos de la telegrafía, atravesando el éter y las ondas, la noticia dio la vuelta al mundo en pocas horas.

Casi al mismo tiempo los vendedores de periódicos de todo el mundo vocearon por las calles lo que era la noticia del día.

—¡¡¡Joseph Yonsky ha huido de Hungría!!!

—¡Última hora! ¡Última hora!... ¡Yonsky se encuentra en Austria!

Los periódicos eran arrebatados de las manos de los vendedores.

—¡Huye del comunismo el más grande de los pianistas de todos los tiempos!

La gente leía con avidez todas las noticias referentes a su vida.

Los premios obtenidos durante los estudios en los conservatorios de todo el país, las distinciones otorgadas por el Gobierno títere de Hungría, las encomiendas y medallas que se le habían otorgado en el extranjero y que nunca habían llegado a su poder por imposibilidad física de atravesar el impenetrable telón de acero, formaban una larga lista.

Y mientras el mundo leía con atención todo aquel cúmulo de noticias, en el hospital del cuartel de alta montaña él dormía con tranquilidad por primera vez en mucho tiempo.

Al día siguiente aparecieron las primeras aclaraciones efectuadas ante un agregado militar. Fueron frases de agradecimiento, relatos de las penalidades sufridas durante los últimos años, y detalles de las persecuciones llevadas a cabo contra los patriotas húngaros que habían tomado parte en el levantamiento popular de octubre de 1956, cuando el pueblo, incapaz de contenerse un solo día más, se lo había jugado todo a cara o cruz y había salido a la calle armado con botellas de gasolina, para luchar contra los poderosos tanques rusos de 62 toneladas.

Luego llegó la gran noticia. Sus manos no se habían perdido para el arte de tocar el piano, y su cabeza continuaba con la misma brillantez creadora que le había elevado en las cumbres de la gloria, y que le había convertido en el más genial músico viviente.

—¿Olvidará Hungría? —le preguntó el agregado militar—. ¿Qué piensa hacer?

Las palabras de Joseph Yonsky salieron sin vacilar.

—Luchar para que algún día la libertad llegue a los que he dejado a mis espaldas... Quiero convertirme en un abanderado de la Hungría Libre, en un símbolo de lo que mi nación puede ser si se le da libertad, si sus hombres dejan de estar dominados por la fuerza. Quiero que Hungría llegue a todas partes, quiero que el lamento de los hombres que lloran al otro lado del telón de acero alcance a todos los corazones del mundo, y yo sólo tengo un medio para lograrlo.

—¿La música, maestro?

—Sí. Mis manos y mis composiciones. Tengo en la cabeza un himno que quiero que sirva para dar aliento a los hombres que algún día volverán a empuñar las armas y saltarán otra vez a la calle para morir luchando por lo más sagrado que existe en el

mundo: la libertad. Mi himno se titula «Hungría Libre», y creo que es lo mejor que he compuesto en toda mi vida.

—¿Cuándo se podrá oír?

—Lo llevo aún en mi corazón, pero pronto estará sobre el papel y espero que en menos de una semana haya dado la vuelta al mundo impulsado por los dedos de todos los hombres que como yo amen la libertad y sepan sacar melodías de un piano... Es lo mejor que nunca he compuesto... Lo he hecho con el corazón...

Las lágrimas, muestra del odio incontenible, volvían a aflorar a su rostro.

El agregado militar creyó prudente llegado el momento de dejar solo al gran pianista, y se despidió.

Durante cinco días, no se le permitió recibir a nadie. Los periodistas que atravesando media Europa habían acudido a Austria en busca del reportaje sensacional, veían con desespero que perdían las posibilidades del gran reportaje.

Mientras, las horas transcurrían para Joseph Yonsky en una calma absoluta, leyendo libros o periódicos, y escuchando música clásica a través de las emisoras de radio o del tocadiscos que se había puesto a su disposición.

Una semana después de su huida, abandonaba el hotel y era trasladado a Viena. Allí, lo primero que hizo fue presentarse en la Embajada Americana y solicitar la protección oficial de los Estados Unidos.

Nada se opuso a su deseo, y aquella tarde abandonaba el centro de Europa a bordo de un avión de las Fuerzas del Aire del Ejército de los Estados Unidos para trasladarse a Londres, donde aquella misma noche embarcaba a bordo del «Queen Mary», para efectuar la larga travesía que le separaba de su nueva patria.

En aquel momento la sirena del vapor resonó opacamente.

Aquel ruido inesperado sacó a Yonsky de sus pensamientos y le volvió a la realidad. Miró al cielo: el helicóptero ya había desaparecido.

La sirena volvió a resonar. La estatua de la Libertad, todo un símbolo para él, estaba ya muy cercana. Se podían distinguir las personas que se paseaban por la explanada de mármol blanco existente al pie del monumento.

Las siluetas, antes inconcretas, de Nueva York, habían dejado de difuminarse para distinguirse con toda claridad. Los altos edificios aparecían con toda nitidez al lado de construcciones más bajas.

La sirena volvió a sonar por tercera vez.

Un movimiento de marineros se produjo a estribor, un poco a su

derecha. Yonsky, lleno de curiosidad, se asomó por la borda.

La escalera era bajada lentamente, hasta llegar a rozar el agua. Las máquinas casi habían parado.

Al lado del «Queen Mary», pequeña y minúscula, aparecía una lancha.

—Es el práctico que sube a bordo para examinar los pasaportes y documentación —dijo una voz a su lado.

Volvió la cabeza y vio al camarero, que por unos segundos había abandonado su puesto y estaba junto a él, asomado a la borda, contemplando lo que sucedía.

—¿Ya no miran más la documentación? —preguntó Yonsky.

—Ésta es la primera vez. Luego llegarán otros, luego la Policía y después el F. B. I. inspeccionará particularmente los pasaportes y documentos que crean interesantes... Estamos en un país libre, señor Yonsky, pero no tanto como usted sospecha —terminó con una sonrisa.

En aquel momento dos hombres empezaron a subir por la escalera, que se movía peligrosamente. Luego un tercero empezó a ascender.

Algo había en aquel hombre que le diferenciaba a los otros. Y aquel algo atrajo la mirada de Joseph Yonsky.

Subía sin mirar adonde ponía los pies, siguiendo con los ojos todos los rostros que aparecían asomados por la borda, mirando cómo se desarrollaba la llegada del práctico.

Sobre su costado derecho, apoyado, llevaba un aparato de cinta magnetofónica. Su mano izquierda sostenía un pequeño micrófono.

Sus gestos eran abiertos y joviales, decididos, como si nunca la duda atenazase su cerebro, y sus ojos reflejaban la inteligencia que bullía en el interior de su cabeza.

Cuando llegó a la cubierta saltó ágilmente.

Parecía no querer darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor, parecía que se despreocupaba de todo lo que le rodeaba, mientras no dejaba de observar algo que no acababa de encontrar.

Joseph Yonsky no dejó de mirarle ni una décima de segundo.

Sabía que aquel hombre le estaba buscando a él. Su aspecto era inconfundiblemente el de un periodista. Y no precisamente el de un periodista americano: su pelo, formando una onda, tenía el color gris negruzco propio de las razas arias centrales, y sus ojos tenían el brillo inteligente que tantas veces había visto Yonsky brillar a su alrededor en Budapest y en toda Hungría.

Aquel hombre parecía húngaro, o polaco.

Al fin, los dos pares de ojos se encontraron y se enfrentaron

durante unos segundos. Una sonrisa de triunfo nació lentamente en los labios del hombre del magnetofón, una sonrisa que se fue ampliando hasta convertirse en una muestra clara de satisfacción por haber encontrado lo que buscaba.

Se acercó hacia Yonsky.

—¿Hanka ungerishe Josph Yonsky? —le preguntó en húngaro.

—Da —replicó el músico en el mismo idioma.

—Mi más sincera felicitación por haber logrado escapar de aquel infierno. Soy Peter Bersingler, periodista.

—¿Húngaro también? Su aspecto es inconfundible.

—Sangre húngara. Mis padres abandonaron Hungría hace ya muchos años, cuando las cosas empezaron a ir mal para nuestra patria, y yo ya he nacido en Norteamérica. A pesar de ello, me siento más húngaro que americano... ¿Permite que hablemos un rato? Trabajo para «Tribune Herald» y debo escribir un reportaje sobre usted hoy, con cosas que aún no se hayan escrito.

—Pensaba que pertenecía a la radio.

—¿Por el magneto? ¡Oh, no! El magneto lo llevo para garantizar la autenticidad de mi trabajo delante del director. Si no lo hago así no creerá lo que escriba.

—¿Qué piensa que le voy a decir? ¿Secretos de estado?

—Supongo que no, pero sí sé una cosa; que diga lo que diga, solamente mi periódico lo podrá saber esta tarde y publicar antes de la noche.

—¿Por qué?... ¿Tiene la exclusiva? —preguntó con una sonrisa.

—Pues casi, casi... Dentro de media hora empezarán las operaciones de atraque de este mastodonte, y una hora después, tocará tierra americana. Cuando esto suceda, yo ya habré escrito el reportaje y estará a punto de entrar en las máquinas.

—¿Y mientras, sus compañeros empezarán a hacerme todas las preguntas que quieran?

—¿Usted se lo cree? Pues yo no. Cuando usted toque tierra americana se verá asaltado por dos clases de tipos: unos, impertinentes, con lápices en ristre o cámaras fotográficas que le intentarán meter por las narices, que a una velocidad endiablada tomarán notas y dispararán preguntas y placas. Y otros, de metro ochenta, fuertes y duros, que casi no hablarán pero que actuarán con rapidez y seguridad, llevándoselo en menos de medio minuto muy lejos de la manada formada por mis queridos colegas. Los segundos, se lo digo para qué no sea ninguna sorpresa, serán los hombres del F. B. I.

—¿F. B. I.?

—Sí, los G-Man, los del Federal Bureau Of Investigation, la policía más famosa del mundo entero, capaz de garantizar, dentro de lo posible, la paz en la nación más moderna y potente del mundo, formada por los hombres de todas las razas y de todas las tendencias.

—¿Y qué espera de mí el F. B. I. ?

—Lo ignoro, a mí sólo me preocupa usted como tema para lo que yo debo de escribir dentro de una hora. Supongo que a ellos les interesará mucho todo lo suyo.

—Hasta ahora no se me ha hecho ninguna pregunta.

—Queda tiempo... ¿empezamos a hacerlas? Le servirá de entrenamiento.

Bersingler dispuso el magneto y luego empezó con la serie de preguntas que llevaba preparadas.

Una hora después, cuando la escalera del «Queen Mary» tocó el suelo, un hombre fue el primero en saltar: el periodista Peter Bersingler.

—¡Adiós, muchachos! —gritó jovialmente, abriéndose paso entre el grupo de periodistas que se arremolinaban junto a la escalerilla de descenso.

Entre los periodistas, distinguiéndose perfectamente, estaban seis hombres. Todos ellos pasaban del metro ochenta y rozaban los noventa kilos. Eran los hombres del F. B. I.

Bersingler los miró con una sonrisa.

—¿Lo has logrado, Peter? —preguntó una voz de mujer a su lado.

Se volvió y sonrió al ver a Katy Brown, una periodista joven, de rara belleza.

—Sí, claro monada. He estado una hora con él y llevo miles de palabras aquí dentro —le replicó golpeando la caja.

—¿Y qué te ha parecido?

Bersingler se echó a reír.

—¿Quieres que te diga lo que estás pensando?... Que lo mismo que todo este grupo —señaló a los otros periodistas— sabes que vas a perder el reportaje por culpa del F. B. I., y has pensado en sonsacarme a mí para llenar tus páginas, ¿verdad?

Katy Brown sonrió abiertamente.

—Puede ser —dijo.

—Pues sigue mi consejo: lee el «Tribune Herald» dentro de unas horas y verás como te gusta. Incluso hay detalles sentimentales: ¿Sabías que su esposa y él se conocieron en el conservatorio, durante un concurso? Pues será la base del artículo que ahora voy a

escribir... Adiós. Y dale recuerdos a tu querido Randy Bray.

Se marchó corriendo, sin escuchar la maldición que le lanzó la muchacha.

Mientras, Joseph Yonsky bajó la escalerilla.

Tal como le había asegurado Bersingler, los periodistas se arremolinaron a su alrededor, lanzando preguntas y disparando las placas.

Sin embargo, no pudo atender a la expectación que su llegada había provocado. Uno de aquellos hombres, altos y fuertes de los seis, se le acercó y mostrándole una placa le dijo:

—F. B. I. Síganos, por favor.

Joseph Yonsky pensó que la libertad no empezaba muy bien en un país que gozaba del renombre de poseerla.

Siguiendo a aquella escolta personal que había encontrado esperándole, entró en un coche negro, de seis plazas. Se sentó donde le indicaron, en la parte posterior, y a su lado tomaron sitio otros tres agentes.

Momentos después, el vehículo emprendía la marcha, atravesando las calles de la ciudad.

Cuando pararon, lo hicieron delante de un edificio enorme, cuya fachada principal aparecía sostenida por ocho columnas de grandes proporciones. Tres letras doradas campeaban en el frontis. Eran el símbolo de una organización dedicada a castigar el mal. Eran las tres letras del F. B. I. Atravesaron las puertas y se introdujeron en el ascensor.

Minutos después, Joseph Yonsky estaba sentado en un cómodo sillón, frente a un hombre de mediana edad, jefe de la sección de Represión Anticomunista.

—¿Se puede saber qué sucede? —preguntó Joseph Yonsky, nervioso por todo lo que sucedía a su alrededor desde que había pisado tierra americana.

—Suceder, suceder, nada. O mejor dicho, aún nada, pero esperamos que suceda algo.

—¿Por qué?

—Una pregunta. ¿Sabe usted lo que significa en estos momentos?... Yo se lo diré: es usted algo más que un hombre, que un gran pianista. Es usted un símbolo, un hombre que mueve toneladas de tinta y millones de periódicos, capaz de convertirse en un símbolo y de arrastrar a la opinión mundial tras sí, si usted emplea este ímpetu en combatir algo que odia profundamente: el comunismo.

—Lo sé, he pensado mucho sobre ello y me he dado cuenta.

—Y supongo que se habrá dado cuenta de que usted no interesa para ellos. El comunismo preferiría verle muerto, y no me extrañaría nada que en estos momentos estuviese ya sentenciado desde Rusia.

—Estoy en un país libre y espero que seré protegido.

—Sí. Y vigilado. Por lo mismo que está usted en un país libre, no podemos controlar a los ciudadanos sin que exista un fundamento en hacerlo. No podemos actuar, hablando más claro, si antes no se prueba nada, ¿comprende?

—Sí, lo cual quiere decir...

—Que durante un tiempo desaparecerá de la vida pública, mientras, nosotros estaremos esperando un fallo. Aunque usted no se dé cuenta, constantemente será vigilado por nuestros hombres. Uno de los agentes especializados en este tipo de actividades, que ya se ha desenvuelto otras veces en ambientes y situaciones semejantes será el encargado de vigilarle todo el tiempo que sea necesario. Ahora lo conocerá.

John Handers pulsó el intercomunicador y segundos después se abrió la puerta. En el marco apareció un hombre de unos treinta años, alto, jovial, con una sonrisa abierta en los labios.

—Señor Joseph Yonsky, le presento a Randy Bray, el hombre que vigilará para que nada le suceda.

Los dos se estrecharon la mano.

—¿Cuándo debo de empezar a considerarme bajo su tutela? —preguntó el húngaro, en tono festivo.

—A partir de este momento, señor Yonsky. Cuando abandone usted este despacho lo haremos por una puerta posterior. Hay un coche que le está esperando y que le conducirá a un hotel del centro de la ciudad, pero situado en una calle lateral, de poco tránsito, donde tenemos alquilado un apartamento en un edificio cercano, frente a la habitación que desde hace tres días tiene usted reservada. Llegará acompañado por un hombre que vive allí, en la habitación contigua, el cual hará de enlace con nosotros. Su profesión, a partir de ahora, es la de experto en libros egipcios, y su trabajo le mantendrá encerrado muchas horas en su cuarto, sin salir.

—¡Caramba!... Veo que no ha perdido usted el tiempo. ¿Cuánto tiempo durará esta situación?

—Lo ignoro, pero espero que por encima de las molestias que se le ocasionen se produzca un gran beneficio para los hombres de su raza. Existe una organización comunista, que hasta ahora no ha tenido ningún fallo, que tiene atemorizada a la mayor parte de los

húngaros que huyeron durante la revolución de 1956. Una de las misiones de nuestra sección es descubrir el hombre que gobierna los hilos de esta red y que ha llegado a cumplir las sentencias a muerte dictadas al otro lado del telón de acero. ¿Comprende el enorme servicio que nos puede prestar?

—Sí, lo comprendo perfectamente.

—Nosotros le pedimos paciencia y sacrificio. Usted es un hombre que se puede convertir en un símbolo, que puede perjudicar mucho al comunismo, demostrando en su persona los métodos que ellos emplean, y lo más lógico es que esté sentenciado. Nosotros no debemos de descuidar ni un solo instante su vigilancia, esperando que en el momento preciso lleguemos a tiempo para descubrir alguno de los hilos de la red y deshacerla... ¿Está dispuesto?

—Sí. ¿A qué hotel debo ir?

—Sígame.

Yonsky se levantó y se despidió de John Handers. Luego siguió a Randy Bray.

Descendieron por una escalera posterior y salieron a un patio interior, donde les esperaba un coche negro. Allí había tres hombres del F. B. I.

El coche partió a toda velocidad y volvió a atravesar la ciudad.

Media hora después, el experto en libros egipcios, estaba en su habitación. Todo había salido bien.

En la habitación contigua se oía el ruido del grifo. El G-Man que allí vivía se estaba refrescando.

Joseph Yonsky cogió la toalla que estaba cerca de su lavabo y se la enrolló al cuello.

En aquel momento dejó de escucharse el ruido del agua en la habitación del G-Man.

Yonsky se quitó la corbata y se desabrochó el botón superior de la camisa.

Oyó un ruido sordo, como si una silla fuese arrastrada. Había sonado en la habitación contigua. Durante unos segundos quedó quieto, parado, intentando captar un ruido. No oyó nada.

Se acercó al lavabo y abrió el grifo. Sintió la caricia del agua sobre su mano. En el mismo instante volvió a escuchar el agua en el cuarto del G-Man.

Se sintió tranquilo.

Puso su cabeza bajo el agua y sus manos, con rapidez, restregaron el rostro.

Luego, resoplando, empezó a secarse.

Empezó a pasarse con lentitud la toalla por la cabeza, respirando

profundamente.

De repente, se quedó quieto, convertido en piedra.

En el espejo estaban reflejados tres hombres.

Con lentitud se volvió hacia ellos y los observó fríamente.

Eran tres hombres de rostro duro, frío, que permanecían quietos, con las manos hundidas en los bolsillos, observándole.

—Termine de secarse —murmuró con voz grave uno de ellos—. Tenemos que hablar.

II

U

NO de los tres hombres estaba apoyado en la puerta. Los otros dos se adelantaron al centro de la habitación.

—¿Qué quieren? —balbuceó Yonsky.

—Termine de secarse. Tenemos que hablar.

Uno de los hombres abrió el armario y miró su interior. No contenía casi nada. El pianista no había tenido aún tiempo para ordenar la ropa que llevaba en la maleta. Aquel hombre pasó la mano por las perchas y luego se miró la mano.

—Hay polvo —murmuró.

Yonsky se secaba con rapidez sin perder de vista a los tres hombres que se movían en su habitación como si nada sucediera ni pudiese suceder.

De repente, una idea asaltó a Yonsky. Empezó a toser con violencia, esperando llamar la atención del G-Man que estaba en la habitación contigua.

—No se moleste —le interrumpió el que hasta aquel momento había hablado por los tres—. Si intenta llamar la atención al tipo que vive a su lado, no lo logrará. Tiene para rato.

Yonsky le miró.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó después de dudar.

—Nada, se ha tumbado en la cama para descansar... Por cierto, ¿le has quitado los zapatos al meterlo entre las sábanas? —preguntó, dirigiéndose al que estaba apoyado en la puerta.

No recibió respuesta, pero Yonsky comprendió el verdadero significado y la amenaza que se escondía en aquella pregunta.

Dejó la toalla sobre la cama y se puso la americana.

—Podemos empezar a hablar cuando gusten —dijo.

—Primero debo de felicitarle, en nombre propio y de mi gobierno, por su huida. Ha sido algo formidable y no ha fallado nada. ¿Lo pasó mal?

Yonsky no contestó.

—Bueno —continuó aquel hombre—, supongo que sí; todos lo pasan mal cuando huyen... y después de huir. Además, supongo que nunca olvidará el rato que pasó hundido en la nieve, pegado a una pared rocosa, intentando pasar desapercibido por los tripulantes del helicóptero.

Yonsky se enfrentó con aquel hombre. Tenía una sonrisa cínica

en los labios.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó amenazadoramente.

—Cálmese y no se enfade, que empezamos a hablar y nos queda aún muchas cosas que precisar... Sólo quería insinuarle una pregunta que usted aún no se ha hecho, ¿comprende?; plantearle una posibilidad que el famoso pianista y compositor Joseph Yonsky no se ha planteado nunca... ¿Huyó, o le dejamos huir?... Piénselo.

Yonsky quedó con el gesto petrificado. Era, en verdad, una posibilidad que nunca había sospechado. Había sufrido demasiado durante aquella aventura para llegar a creer que no fuera verdad.

—¿Huyó, o se le dejó huir? —volvió a repetir—. Piense un poco en todo lo sucedido... ¿Cree que un hombre, extendido sobre la nieve, no se distingue desde la distancia en que se encontraba el helicóptero del servicio de fronteras?

—¿Insinúa que... que me dejaron huir?

—Sí; eso es lo que quería que comprendiese.

Todo daba vueltas en la cabeza de Yonsky. Una gota de sudor, de angustia, había nacido en su frente y resbalaba a lo largo de la mejilla, produciéndole unas cosquillas desagradables. Con un gesto secó la humedad que nacía en los poros de su carne.

—¿Que me dejaron huir?... ¿Por qué?

Estaba pesado, lento. Su cerebro se le había embotado y no lograba comprender nada. Sabía, esto sí, seguro, que en la habitación contigua había un hombre sin conocimiento, un hombre que había dejado de cumplir la misión que tenía encomendada, lo que significaba que en aquellos momentos se encontraba solo, enfrentado con aquellos tres individuos.

—Muy sencillo, muy sencillo... —Mientras hablaba el que parecía el jefe de todos ellos, introdujo la mano en un bolsillo interior y sacó una libreta forrada de negro—. Es su historia; aquí no falta detalle... Siéntese, si quiere escucharla.

Yonsky obedeció.

—Nació en 1927, en Silosky, una aldea del norte del país, o sea que en la actualidad tiene 33 años... estudios en el conservatorio de Budapest, premios, conciertos desde sus primeros pasos en la carrera... éxito... cátedra en la Facultad de Música... —Aquel hombre leía con rapidez, saltándose detalles—... Y en 1946 ingresa en el partido comunista húngaro, donde con rapidez alcanza uno de los puestos más importantes dentro del grupo de intelectuales... acude a congresos... viaja por todos los países comunistas, es recibido por el propio José Stalin, que le impone la Cruz de plata con categoría de Jerarquía... Recibe la insignia de Intelectual

Leninista... Una bonita carrera, ¿verdad? Está toda aquí, prisionera en las páginas de esta libreta. Díganos que estas hojas no son su autobiografía sincera, sincera del todo, porque en ellas está incluido lo que usted piensa.

Yonsky miró al hombre que permanecía de pie, reclinado sobre la madera de la puerta. El otro se había sentado en una silla, y fumaba tranquilamente, como si las palabras que se escuchaban en aquella habitación y lo que estaba sucediendo en ella no tuviesen nada que ver con él.

—¿Autobiografía sincera? —repitió como un eco Yonsky.

—Sí, terrible y acusadoramente sincera... Desde el primer momento en que la idea de fuga pasó por su cabeza, desde el primer paso que dio para preparar la huida, todo está anotado en los archivos del Partido.

—No puede... no puede ser... —murmuró.

—Es cierto. ¿Quiere que se lo lea todo...? ¿O le basta con mi palabra?

Yonsky se encogió de hombros. Aquel hombre volvió a leer con rapidez.

—En octubre de 1956, cuando se produjeron los levantamientos que cubrieron de sangre las calles de nuestras ciudades y llenaron los cementerios de hombres que habían sido juguetes en las manos de la política imperialista americana, el gran pianista Joseph Yonsky desapareció. Durante ocho días no se supo nada de él.

—¡Pero no huí!

—Sí, lo sé, claro. Y aquí pone el motivo... Su esposa y sus dos hijos se encontraban en Silensky, en su pueblo natal, pasando unos días. Cuando estalló, cuando aquel desgraciado viernes por la tarde los estudiantes, ante la estatua del poeta Pitoeff, el cantor de la libertad, iniciaron la revuelta con el grito de «Hungría Libre», arrancando la estrella comunista de las banderas húngaras del cuartel de Policía de la calle Avoscra, usted desapareció. ¿Quiere que le diga cuál fue su rumbo...? Marchó hacia Silosky, en busca de su esposa y de sus dos hijos. Y si no huyó entonces fue debido a que su mujer, impulsada por la misma idea, abandonó el pueblo y a bordo de los camiones que se dirigían a la capital portando los elementos perturbadores llegó a Budapest, para encontrarse con usted y juntos atravesar la frontera..., ¿no es cierto...? Aquí están la fecha y las horas exactas en que sucedió todo. Ha sido fácil el saberlo, no crea. El partido comunista continúa siendo el verdadero poder en Hungría, y los hombres del régimen, a pesar de los momentos angustiosos que se vivieron, supieron ver las verdaderas

intenciones de los que querían aprovecharse para huir...

Yonsky no escuchó las últimas palabras de aquel hombre. Sus pensamientos se quedaron encallados en el momento en que él llegó a Silosky en busca de su esposa, dispuesto a atravesar la frontera y a huir de aquel infierno. Nunca lograría olvidar la sensación de desespero que sintió en su interior cuando se enteró de que su esposa se había dirigido hacia Budapest... Comprendió que le quedaban muy pocas posibilidades para realizar la huida si la revolución fracasaba, pero jugó la última carta. Volvió sobre sus pasos y empleando todos los sistemas de locomoción imaginables llegó al amanecer a la capital húngara.

Las calles estaban desiertas. Sólo de cuando en cuando patrullas de revolucionarios se atrevían a atravesarlas. A veces, hasta sus oídos llegaba el ruido de los tiroteos. Se luchaba aún en los centros de la Policía los terribles y odiados A. V. O., y en algunas naves de las enormes fábricas Janos-Rinder, constructora de tractores, donde se habían refugiado elementos del ejército y comunistas que preferían morir a caer en las manos de los patriotas.

Su peregrinar por las calles fue terrible. Su casa había sido convertida en un montón de ruinas, destrozada por los impactos de los tanques, y durante horas creyó que su esposa y sus dos hijos pequeños habían perecido en la catástrofe.

Al fin, el sábado 29 de octubre encontró a su mujer refugiada en los sótanos de un hospital, instalado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Budapest, un hospital que se había instalado en menos de un día, en el que los estudiantes revolucionarios ayudaban con sus conocimientos a la lucha.

En medio de aquel infierno dantesco encontró a su esposa y a su hijo pequeño. Luego recibió el impacto terrible, que nunca olvidaría: Su hijo mayor, Artur, había encontrado la muerte al doblar una esquina. Su cuerpo había caído retorciéndose, quemado por los disparos efectuados por la ametralladora de un tanque ruso, y luego las pesadas cadenas habían pasado sobre él, convirtiéndolo en una masa de carne y de sangre irreconocible. Había sido una víctima más, inocente, en aquel terrible juego en el que unos hombres y unas mujeres luchaban sin armas, alentados por una sola palabra, «libertad», contra un enemigo superior en número y pertrechado como un verdadero ejército.

Días después, la gran aventura de la revolución se había terminado. Como recuerdo, sólo quedaban las casas destruidas, algunas avenidas, como la Lordinac, convertidas en verdaderas montañas de ruinas, y el patetismo de los túmulos levantados sobre

los jardines públicos, donde habían sido enterrados los hombres que habían dado su vida por la revolución.

En diciembre del 56 fue uno de los primeros intelectuales que volvió al partido comunista. En premio a su lealtad, el partido le comisionó en una turné de actuaciones por todos los países comunistas, que terminó con un concierto en el Palacio de Invierno de Moscú, ante Kruchef.

Las palabras de aquel hombre hicieron volver al presente a Yonsky. Sí, recordó, por un segundo, el rostro grasiento del jefe comunista. Y recordaba aquel concierto durante el cual tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para que las lágrimas no aflorasen a sus ojos y los dedos no interpretasen la música que bullía en su interior y que poco a poco iba tomando cuerpo: «Hungría Libre».

—Luego continuó con una serie de actuaciones por toda Hungría, pero ya todos sus movimientos estaban controlados. Aquí consta que en marzo de 1981 se puso en contacto con un experto conocedor de la frontera austro-húngara, en Zilajy, y luego, un mes más tarde, trasladó a su esposa y a su hijo a un pueblecito cercano a la divisoria donde permanecieron cuatro días esperando la llegada del hombre que debía de conducirles al otro lado... Lo que usted nunca supo es que aquel hombre era un adicto al régimen comunista, y que a partir del instante en que entró en relaciones con él, todo lo que hacía iba a engrosar directamente nuestras carpetas de información.

—¡Cerdo! —exclamó Yonsky—... Yo supuse que había caído en manos de la Policía del Estado.

—Pues no. Pertenecía a ella, que no es lo mismo. A partir de aquel momento se dejó que usted actuase libremente, y esperábamos que huyera con la mayor brevedad posible. Sin embargo, usted prefirió esperar cuatro años...

—Cuatro largos años —le interrumpió el pianista.

—Como quiera, cuatro largos años, hasta que creyó llegado el momento de hacerlo. Aprovechó su actuación en Lemonitz para abandonar la residencia fijada y huir. Hay que reconocer que era una noche propicia para hacerlo... Sin luna, amenazando tormenta, cayendo una ligera nevada que hacía desaparecer las huellas a los pocos minutos de quedar marcadas... Sí, una buena noche. Pero, a pesar de todo, nuestros servicios de fronteras actuaron magníficamente, y su paso fue registrado punto a punto. Y cuando ya le faltaban unos cientos de metros para llegar a la raya divisoria, uno de los helicópteros del servicio de vigilancia dio el último vistazo para tener la completa seguridad de que usted continuaba

con vida y de que lograría llegar sano y salvo a Austria. Supongo que lo recordará, ¿verdad?... Aquí tengo un informe hecho por el propio tripulante...

Yonsky sentía temblar el mundo a su alrededor. Otra vez la angustia vital le oprimía el corazón.

—O sea... —murmuró—, que mi huida estaba controlada perfectamente.

—Sí.

—Lo que quiere decir...

—... Que nos interesa más tenerle en EE. UU., que en Hungría.

—¿Por qué?

—Piense un poco. Le ayudaré a hacerlo: es usted una figura mundial, que huye de su país y sin ninguna dificultad llega a EE. UU., donde se le abren todas las puertas, un país en el que nos es difícil desenvolvernos a nosotros... ¿Comprende?

—Creo que empiezo a entender lo que quieres.

—En pocas palabras: nos interesa conocer el paradero de muchos de los hombres que huyeron durante la revolución y han buscado refugio en este país. Algunos de ellos desempeñaron cargos importantes en Hungría y eran portadores de secretos. Otros, el resto, no nos interesa, pero éstos, sí. Y usted puede orientarnos.

—¿Qué me está proponiendo?!... ¿Que traicione a mis hermanos de raza, a los que lograron huir de aquel infierno?!

—Sí.

—¡¡¡No lo haré nunca!!!

—¿Por qué no?... Nos interesan muchos detalles. Las listas secretas confeccionadas por la comisión de refugiados de la O. N. U. están en nuestro poder, pero la verdad es que están trucadas y en ellas faltan todos los hombres que buscamos. Algunos de ellos ya han pagado con su vida la traición, pero otros están al servicio de los Estados Unidos. Uno, sobre todos, nos interesa, y usted es el que nos puede proporcionar la pista con mayor facilidad.

Yonsky se había incorporado y se paseaba nerviosamente. Los tres pares de ojos de aquellos hombres no dejaron de observarle ni un solo instante.

—No lo haré nunca —repitió otra vez.

—Lo hará. Y saldrá ganando con el cambio. Queremos que usted se convierta en un símbolo, en un emblema, en una bandera de la Hungría Libre, y que con la libertad que le da su profesión de pianista recorra todo el país sin llamar la atención de la Policía. Podrá estar en contacto con todas las organizaciones de refugiados húngaros y podrá conocer todos los secretos, todo lo que pasa

incluso desapercibido a la propia Policía americana. Su misión consiste en ponerse en contacto con nosotros en cuanto logre los objetivos que se le vayan marcando.

—No lo haré.

—Lo hará. El primer objetivo es encontrar la pista de Gregory Salako, el físico nuclear.

Aquel hombre detuvo a Yonsky como si le hubiesen pegado un puñetazo en la garganta.

—¿Gregory?... ¿Debo de traicionar a Gregory?... ¡¿Me piden que traicione a Gregory?!...

—Sí, a su mejor amigo y al que debe un favor más: uno de los motivos por el que se le dejó huir es él. Su amistad, su vieja amistad, si quiere precisar un poco más, hará que él intente ponerse en contacto con ustedes y que descubra su paradero actual. Nos interesa paralizar para siempre el cerebro de este físico, un científico creado en las Universidades comunistas y que en la primera oportunidad que se le presentó huyó de su patria... Usted debe de entregar a este hombre.

—Se equivocan, amigos. No lo haré nunca, a ningún precio.

—¿A ningún precio?... ¿Está usted seguro?

—¡Sí!

—No grite tanto, porque espero que pronto cambiará de opinión... ¿Sabe dónde se encuentran su esposa y su hijo?

—Sí... En Austria. Hoy, precisamente hoy, deben de estar ya en Austria. Estoy esperando enterarme de un momento a otro. Todo estaba preparado y no puede haber fallado.

—No puede haber fallado... pero ha sido así.

—¡¿Qué quiere decir?!... ¡¡Hable!!

—¡¡Quieto!!

Dos de los hombres se abalanzaron sobre Yonsky y le sujetaron por los brazos. Fue una maniobra rápida, que le cogió de sorpresa.

—¡¿Qué quiere decir?! —volvió a gritar.

—Que no estaba dentro de nuestros planes el que lograsen atravesar la frontera, y que en estos momentos deben de encontrarse detenidos en el puesto fronterizo. Desde hace tres semanas estaban escondidos en un poblado de madereros, esperando la fecha oportuna para huir y reunirse con usted, pero su pista no fue perdida nunca, y sus propósitos han fracasado.

Yonsky sintió que la sangre bullía en su interior.

—Se han quedado... se han quedado allí... allí... —murmuró tristemente.

—Sí, pero tienen aún probabilidades para salir.

—¿Cuáles?... ¡¿Quién es capaz de vivir sin que se le controle, de escapar de aquel odiado infierno?!

—Nadie, amigo, pero se les puede dejar salir. Todas las cosas, incluso para nosotros, los comunistas, tienen un precio. Y su esposa y su hijo también.

Aquel hombre había dejado caer las palabras con lentitud. Yonsky le miró fijamente.

—¿Cuál es el precio de mi esposa e hijo?

—Su actuación a nuestro favor.

—¿Traicionando al país que me ha ayudado en todo, que me ha acogido, y traicionando a mis amigos y a mis compatriotas?

—Llámelo como quiera. Puede verlo desde el otro lado, y le parecerá mejor. En realidad, es una oportunidad que Hungría le da para servir a la patria, y al mismo tiempo ayudar a su esposa y a su hijo... Por cierto, las últimas noticias que tengo es que se encontraban perfectamente, y no creo que a usted le guste que pasen un tiempo en cualquier campo de concentración. Podría decir años, pero no lo hago porque temo que ellos no pudiesen resistir doce meses en cualquiera de las colonias invernales que mantiene el estado... Su vida está en nuestras manos, y la de los suyos está entre las tuyas. ¿Qué respuesta nos da? ¿Prefiere convertirse en un héroe y morir dentro de un tiempo, o salvar a su familia?

Las ideas pasaron rápidas por la cabeza de Yonsky. No podía perder mucho tiempo si se decidía a actuar. Intentó mover los brazos y se dio cuenta de que lo podía hacer con soltura. Los dos hombres que estaban a su lado casi no le sujetaban.

De repente, gritó.

—¡Mi respuesta es ésta!... ¡¡Toma!!

Su mano salió disparada como un bombazo y no paró hasta que encontró el rostro del hombre que le había propuesto el cambio de la vida de su esposa y de su hijo, por el honor y la traición.

Sintió que todos los huesos de la mano crujieron al dar el terrible puñetazo, y casi en el mismo instante vio que la sangre cubría el rostro de aquel tipo. También en el mismo momento notó que los otros dos hombres se le tiraban encima, y descargaban sus puños con furia.

Se defendió como un verdadero león, y durante unos minutos descargó sus puños llenos de dinamita y de odio, y lanzó sus pies con toda la potencia, en busca de las partes vitales de sus enemigos.

Sin embargo, también sobre él caían los golpes a una velocidad de locura.

Sintió una mano que intentaba taponarle la boca y la mordió con

toda su fuerza. Escuchó a sus espaldas un rugido de dolor, y la mano se retiró ensangrentada.

Luego, la habitación empezó a dar vueltas ante sus ojos.

Un puñetazo terrible en la nuca le hizo perder el conocimiento y caer derrumbado al suelo.

Mientras caía recibió aún dos golpes más, que le lanzaron hacia atrás y le tumbaron sobre la cama.

Luego ya no sintió nada más.

Cuando despertó, no pudo precisar las horas que habían pasado. Su reloj, con la lucha, se había parado y marcaba la hora exacta en que el combate se había desarrollado.

Tambaleando se acercó al lavabo y puso la cabeza bajo el grifo. Luego se lió la toalla en la cabeza, que aún pugnaba por dar vueltas.

En aquel momento sonó el teléfono. Lo descolgó.

Sólo tuvo tiempo de acercar el auricular a su oreja. No había abierto los labios, cuando al otro lado del hilo una voz sonó en húngaro.

—Si dice algo al F. B. I. es como si hubiese dictado la sentencia de muerte para su esposa e hijo. Y no olvide la proposición que se le ha hecho. Si la acepta, inicie una gira de actuaciones por todo el país, que debe de culminar en San Francisco, con el estreno de su «Hungría Libre». Recuerde que va en ello la vida de los suyos.

Luego escuchó el ruido que le indicaba que al otro lado colgaban.

—¡Oiga!... ¡Oiga!..., oiga, oiga...

Nadie contestó. Sólo el silencio, un silencio absoluto, que presagiaba violencias y muertes, hizo acto de presencia.

Joseph Yonsky comprendió que los tentáculos del comunismo continuaban atenazándole.

Se mordió los labios para contenerse, pero no logró retener las lágrimas de odio y de repugnancia que afloraron a sus ojos.

Luego se tumbó en la cama y durante unos minutos calculó las posibilidades que tenía en favor y en contra, y pesó cuál debía ser su juego.

Al fin, quedó dormido.

Pero cuando el sueño le venció, una determinación estaba ya tomada.

Había comprendido que por encima de las doctrinas, de las pasiones y de las políticas, estaba el amor.

III

J

OHN Anders, jefe de la sección de «Represión de Comunismo», del F. B. I., estaba de pie al lado de la ventana, con las manos cogidas detrás de la espalda. Un cigarrillo permanecía entre sus labios y de cuando en cuando expelía el humo.

Sobre su mesa de trabajo había un periódico extendido: el «Tribune Herald».

En aquel momento golpearon la puerta.

—¡Adelante!

Apareció en el marco Randy Bray.

—¡Ah!, eres tú..., entra y siéntate.

Randy Bray obedeció. John Anders se separó de la ventana y se acercó a la mesa. Cogió el periódico y se lo entregó al agente del F. B. I.

—Toma y lee.

—Lo he leído ya.

—¿Te has enterado bien, verdad? —Anders desplegó el periódico y leyó superficialmente, con voz campanuda—: «Joseph Yonsky, el mundialmente conocido pianista que abandonó Hungría hace unas semanas, ha sido brutalmente apaleado en su habitación...». «Presenta la cara llena de golpes y...», ¿para qué seguir? Son las diez de la mañana y toda la nación sabe que el hombre que buscó la protección en nuestra patria ha sido apaleado en el hotel donde permanecía, custodiado discretamente por uno de nuestros hombres. ¿Qué opina?

—Nada —Randy Bray cogió un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa y lo encendió—. O si acaso —añadió—, un éxito para el periodista que ha logrado el reportaje.

—¡Ah!, otro tema. ¿Sabe quién lo firma?

—Sí, ha sido lo primero que he leído, Peter Bersingler.

—Su amigo Peter Bersingler. Puede puntualizar un poco más.

—Sí, es amigo mío, desde la infancia. Juntos nos hemos criado y hasta que llegó el momento de la Universidad no nos separamos. El prefirió el periodismo y yo la abogacía. Ya ve cómo han rodado las cosas. Yo he dejado mi carrera y él se ha colocado entre los mejores en la suya.

—Creo que hicieron la guerra juntos, ¿no?

—Sí, desembarcamos en Birmania sirviendo en la misma

división. Ni él ni yo sabíamos dónde estábamos, y la guerra nos había desconectado, pero aquel día nos encontramos tumbados entre los troncos, buscando protección donde casi no la había. Y aquel mismo día él me salvó la vida a mí.

—Lo cual quiere decir que le está agradecido.

—Sí. El cumplió con su deber, pero hubiera podido preferir no exponerse y dejar que me ensartaran con las bayonetas en lugar de luchar como hizo para salvarme el pellejo. Después de lo de Birmania nos volvimos a separar y el cayó prisionero. Durante tres años no supe nada más de él, hasta que reapareció. Fue uno de los hombres que cayeron prisioneros en poder de los rusos, y que fueron sometidos a torturas de todo tipo. Cuando volvió escribió un libro «Tres años en las cárceles rusas», que le hizo famoso momentáneamente y le convirtió en un experto comentarista en cuestiones de política comunista.

—Usted asistió a la fiesta que dio por la aparición de su libro, ¿no es cierto?

—Sí. Y allí conocí a Katy Brown, mi novia. Es también periodista, y me la presentó Bersingler.

—O sea, que si está vivo se lo debe a él, y que si es usted feliz porque ama a una mujer, debe de agradecerérselo a él, que le presentó a Katy.

—Puede creerlo, no hay nada malo en ello.

—Así es, pero... —Anders dejó colgando las palabras.

—¿Qué quiere decir con su insinuación?

—Que él es periodista, y que como buen repórter daría su vida por un reportaje sensacional. Y que el encontrar el paradero de Yonsky representaba en estos momentos el reportaje más interesante del mes. Y por si todo fuera poco, Bersingler, amigo del G-Man encargado de la protección del húngaro, lo encuentra convertido en un mapa, después de haber recibido una paliza monumental.

—¡¡Pues se equivoca!! ¡He recibido la orden de proteger a un hombre, y por encima de todo estoy dispuesto a cumplirla...! Además, si quiero proporcionar un buen reportaje, se lo puedo entregar a Katy. En el «New York Sunday» se lo agradecerían, ¿no cree?

Anders comprendió que por una vez había equivocado sus pensamientos.

—Puede que sí —reconoció al fin—. Así, ¿cómo demonios se ha enterado Bersingler de la residencia de Yonsky?

—No lo sé, lo ignoro. Pero es un repórter y hay que concederle

inteligencia y amistades suficientes para encontrar la pista de un hombre cuya fotografía han publicado todos los periódicos de la nación.

—Puede ser, pero me extraña. Se adoptaron todas las precauciones.

En aquel momento sonó el teléfono. Anders cogió el aparato.

—Diga..., diga... Un momento —volviéndose hacia Randy Bray le entregó el auricular—. Es para tí —dijo.

—¿Quién es?

—No se lo he preguntado.

Randy se puso al habla.

—Sí, soy Bray..., ¡ah!, ¿eres tú, Bersingler?... Estábamos hablando de ti en estos instantes.

Al otro lado del hilo sonaron unas alegres y joviales carcajadas.

—¿Criticándome? —preguntó el periodista.

—No, alabando tu sagacidad y buen olfato para encontrar la pista del húngaro.

—Quería hablarte de eso... Puede que te traiga complicaciones y que sobre ti recaiga la sospecha de que has sido tú el que me ha facilitado la pista.

—Pues llegas tarde, Peter. Y por unos pocos minutos... ¿Cómo lo adivinaste?

—Fue fácil. Todas las cosas tienen un precio, y la noticia de que Yonsky se encontraba allí también podía venderse. Y comprarse, que es lo que yo hice. Cuando llegué al «Tribuna Herald», me dijeron que me habían estado llamando por teléfono varias veces, para un asunto importante. Tuve que esperar una hora para pescar la llamada, pero mi espera tuvo su recompensa. Total que por quinientos dólares me dijeron donde se encontraba Joseph Yonsky.

—¿Te dijeron cómo lo encontrarías?

—No, fue una sorpresa que me hizo subir el precio del reportaje. Yo he cobrado dos mil.

—Más que yo en un trimestre. ¿Has pagado ya? Nos interesaría pescar al tipo que te vendió la noticia.

—No será posible. Cuando salí a la calle, un hombre me abordó y me pidió los quinientos del ala. Y cuando se los di me indicó la dirección del hotel donde le encontré a él.

—¿Reconocerías al hombre?

—Llevaba el sombrero caído sobre los ojos. No lo creo.

—¿Era americano?

—No; esto puedo asegurarlo. Hablaba con dificultad y tenía acento ruso o alemán..., ¿quieres que pase por el F. B. I. y te lo

contaré en persona?

—No te molestes; no hay nada a hacer. Pasa cuando tengas un momento.

—Como quieras, Randy. Y siento el haber llegado tarde para evitar el rapapolvo.

—No te preocupes. Falta el peor, el de Katy, que también sospechará que te he dado el notición a ti.

—La llamaré ahora y se lo contaré.

—Gracias, será lo mejor..., sí... Adiós.

Mientras Randy Bray hablaba, John Anders había salido del despacho y seguido la conversación por otra línea. Cuando Bray colgó, entró otra vez.

—O sea —murmuró—, que además de pegarle una paliza se dedican a negociar.

—Así parece. Un hombre con acento central, que usa sombrero y del que no se ha visto casi ningún rasgo de la cara. Son unos datos preciosos para empezar una investigación.

—Teniendo en cuenta que en Nueva York la mitad pertenece al género femenino, hemos reducido las posibilidades al cincuenta por cien en menos de un minuto.

—Sí, un éxito, un verdadero éxito. ¿Y qué hacemos con el resto?

—Esperar un fallo que se tiene que producir, y cuyo centro será Joseph Yonsky.

—¿Y jugarnos su vida si el fallo no se produce...? ¿Qué dirán los periódicos si muere víctima de un accidente y no existe el fallo que esperamos?

—Hay que esperar y confiar. Sucede algo raro, y el primero que está conforme con todo es el propio Yonsky. He intentado que me dijera el motivo de la paliza de ayer, que me explicara la conversación sostenida, y no ha querido aclarar nada. Se encierra en su mutismo y dice que ignora la causa por la que le han golpeado.

—Sin embargo, él les interesa.

—Y a nosotros nos interesan ellos.

—Bien, pues esperaremos que se produzca el fallo, y cuando esto suceda, nos lanzaremos sobre ellos sin compasión y sin piedad.

Randy Bray se levantó. Aplastó el resto del cigarrillo en el cenicero de cristal que había en uno de los ángulos de la mesa de John Anders, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—Me espera Katy para comer. Y esta tarde, intentaré hablar con él, puede que logre algo.

—Suerte.

* * *

Joseph Yonsky desplegó uno de los periódicos de la tarde. Sobre la cama, y por encima de los sillones, había todos los que se editaban en la ciudad.

La noticia de que había sido golpeado en su propia habitación campeaba en todas las páginas. El reportaje de Bersingler ya no era la exclusiva de un solo periódico y ahora se reproducía en todos los de la nación.

—Todos igual —murmuró.

—Sí, es lo más interesante que ha sucedido hoy. Ha logrado desplazar todas las otras noticias —le replicó un G-Man que estaba sentado en una silla, con los pies sobre la pequeña mesita central, con una Coca-Cola en la mano.

—Seguro que le envidian todos los artistas de los EE. UU., amigo —dijo el otro G-Man—. Es una propaganda magnífica que encantaría a cualquier profesional que debutase hoy.

—Sí —asintió con desgana Yonsky.

De repente una idea cruzó su cabeza.

Miró a los hombres que el F. B. I. había destinado para su vigilancia. Le parecieron buenos chicos.

—¿Puedo telefonear? —les preguntó.

—Sí, claro.

—¿Dónde está un listín, por favor?

—Aquí.

Uno de los dos le entregó un grueso volumen. Yonsky lo hojeó con rapidez. Al fin encontró lo que buscaba y marcó una cifra.

—¿Opera House? —preguntó.

Los dos G-Man se quedaron mirándole, boquiabiertos.

—¿Qué piensa hacer? —murmuró uno. Yonsky no le hizo caso.

—Con el director, póngame con el director —dijo.

El gesto se contrarió en el rostro de Yonsky. Se dieron cuenta de que se le negaban al otro lado del hilo.

—¡He dicho que me ponga con el director, señorita!... Soy Joseph Yonsky —gritó indignado.

Segundos después volvió a hablar.

—¿El director?... Sí, soy yo, Joseph Yonsky. Perdón que le moleste, pero no tengo mucho tiempo. Sólo es una cosa: prepárelo todo para esta noche, porque pienso aparecer en público y empezar inmediatamente la gira por toda la nación dando conciertos... Si, soy Joseph Yonsky, en persona... Sí, esta misma noche... Claro que

hay tiempo, hombre... Lance la noticia por la radio, aproveche la sensación y el revuelo causado por el reportaje de Peter Bersinger... Me presentaré con un programa clásico... No, «Hungría Libre» no está aún terminada, esto más adelante... no, no puede ser, «Hungría Libre» la interpretaré en otro momento, cuando sepa que será mi gran pieza maestra... Quiero aparecer delante del público con el rostro amoratado por los golpes, para que todo el mundo se dé cuenta de los métodos que emplean los comunistas... Sí, quiero que todo esté preparado para esta noche... ¿A las once?... Conforme... Lance la noticia por todas las emisoras, haga lo que le parezca... ¡ah!, y no se preocupe por la cuestión monetaria. Lo que deba de cobrar, pasará a ingresar el fondo del Gobierno Húngaro en Exilio... ¿Conforme?... Pues bien, estoy a su disposición.

Joseph Yonsky volvió a colgar el teléfono.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó uno de los G-Man.

—Nada. ¿Estamos o no estamos en un país libre? —le replicó con ironía el pianista, que continuaba buscando en el listín.

A partir de aquel momento, el cuarto de aquel hotel se convirtió en el centro de una actividad descomunal.

Encargó un «frack» al mejor sastre de la ciudad, se puso en contacto con el presidente del Gobierno Húngaro en el Exilio, se buscó un representante teatral, y accedió a comparecer ante las cámaras de televisión y los micrófonos de radio.

En pocas horas la noticia corrió de un extremo a otro de la nación, y el nombre de Joseph Yonsky apareció en todos los periódicos otra vez.

Mientras, el Opera House neoyorquino abría sus taquillas, fuera de temporada, para ofrecer el que sería un concierto memorable. El gran pianista húngaro, refugiado en Estados Unidos, aparecía por primera vez en público.

Una larga cola nació casi al instante en sus taquillas.

La nación entera se sacudió golpeada por el gesto de aquel hombre, que después de sufrir una brutal agresión, con el peligro de la amenaza sobre su cabeza, osaba presentarse en público, ofreciendo todos sus ingresos para los fondos del Gobierno Húngaro exiliado.

Era un gesto de héroe.

* * *

Katy Brown se levantó y Randy Bray le imitó.

Con un movimiento sencillo y al mismo tiempo elegante, el agente del F. B. I. le ayudó a ponerse el abrigo.

Eran las cinco de la tarde.

—¿Dónde vas tú ahora? —preguntó la muchacha.

—Debo de hablar con Yonsky, el húngaro. Debo de convencerle para que deje el papel de mutismo que ha tomado y decida ayudarnos.

Se separaron de la mesa y se dirigieron a la puerta. En el momento en que iban a atravesarla, la radio interrumpió la audición de música.

—¡¡Atención!!... Noticia de última hora... noticia de última hora... Joseph Yonsky, el gran pianista húngaro que hace tres semanas consiguió atravesar el telón de acero, debutará esta noche en la Opera House, iniciando su gira por los Estados Unidos... Atención... atención...

A Randy Bray aquellas palabras le sentaron como puñetazos.

—¡¿Qué?! —Casi gritó sin poderse contener.

—Que Yonsky ha decidido abandonar el mutismo —le replicó Katy Brown.

—¡Este hombre está loco!... Perdona, debo de ir a verle. Te vendré a buscar esta noche... O mañana.

—No te preocupes por mí, querido... Nos encontraremos en el Opera House a la hora del concierto.

Randy ya no oyó las últimas palabras de la muchacha. Se había precipitado para tomar un taxi, que en aquellos momentos pasaba por la calle.

Minutos después, entraba en la habitación de Joseph Yonsky. Por todas partes se encontraban los periodistas, los locutores de radio y de televisión, y entre todo el lío, Taylor, el mejor sastre de la ciudad, le estaba ajustando un «frack».

Randy se precipitó sobre Yonsky.

—¡¿Es cierto?! —le preguntó gritando.

—¿Lo qué? ¿El que he decidido empezar mi gira esta misma noche?... Pues sí, es cierto. Supongo que estoy en un país libre y puedo hacer lo que quiera.

—Sí, pero por el motivo de que EE. UU. es un país libre, le diré que también existen un grupo de hombres que le odian y para los que usted representa un peligro, y que están decididos a quitarle del mundo de los vivos.

—Muy bien; que lo intenten. Ustedes deben de protegerme.

—¡Sí, pero somos humanos y podemos fallar!

—¡También lo son ellos y pueden no alcanzarme!... ¡¿por qué no los detiene?! —

—Porque nuestra constitución garantiza la libertad de todos los

hombres que vivan dentro de nuestras fronteras, mientras sus actos no sean delictivos... ¿comprende? Y hasta que no se haya disparado sobre usted no podemos actuar.

—Muy bien, monten un servicio de vigilancia en todo el Opera House y procuren que no me suceda nada.

—¡Sí, claro! ¡¿Y si sucede?!!

—Entonces, amigo, mala suerte.

La voz del pianista era tranquila, segura.

Randy comprendió que no había medio humano de convencerle de lo contrario, y se precipitó al teléfono, dispuesto a montar un servicio de vigilancia que no diese posibilidad al fallo.

Las horas transcurrieron rápidas, entre gritos y órdenes.

Al fin, a las diez, Yonsky, escoltado por cuatro hombres, y enfundado en un nuevo e impecable «frack», se dirigió al Opera House.

Era la primera vez en la historia de los Estados Unidos que un hombre llegaba escoltado por el F. B. I. para dar un concierto.

Media hora antes de levantarse el telón, el local estaba completamente lleno.

Mientras, el pianista se movía con una aparente tranquilidad que maravillaba a todos los que le rodeaban.

El timbre del teléfono sonó una vez más.

—Para usted —dijo un F. B. I.

Yonsky se puso al aparato.

—Diga. Soy Joseph Yonsky.

—Recuerde lo que le dije ayer. La vida de su esposa y de su hijo está en nuestras manos. Si decide ayudarles, límpiense las manos con un pañuelo blanco cuando termine el concierto. Si prefiere que ellos mueran antes que usted, intente convertirse en un símbolo.

La voz calló. La comunicación se interrumpió. Yonsky había reconocido al hombre que le había hablado anteriormente en un mensaje semejante.

—¿Quién era? —le preguntó Randy Bray.

—Nadie... Puede que luego hable. Ahora, antes del concierto, no quiero ponerme nervioso.

Miró el reloj. Faltaban veinte minutos. Abandonó el camerino y se dirigió hacia el escenario.

Por todas partes, al lado de cada puerta, en cada recodo del pasillo, se veía la figura estática de un policía. Entre bastidores, moviéndose con libertad, estaban agentes del F. B. I.

Joseph Yonsky adelantó, rodeado por los cuatro G-Man. Se acercó al piano que estaba en el centro del escenario y lo examinó

durante un tiempo.

Cuando terminó, preguntó:

—¿Qué hora es?

—Las once... Faltan segundos.

—Muy bien, podemos empezar.

Se dieron las órdenes oportunas, se apagaron las luces de la sala y el telón se alzó lentamente.

Un foco de luz redonda le iluminaba. Estaba allí, vestido con el «frack» negro, como una estatua. A su lado, brillando reluciente, el piano.

Durante unos segundos todo el mundo permaneció en silencio. Luego, de golpe, una estruendosa salva de aplausos se levantó por todos los ángulos.

Yonsky adelantó hacia las candilejas y saludó al público. Sus ojos se fijaron en todos los rostros de las filas cercanas. Se dio cuenta de que muchas de aquellas caras presentaban características esencialmente húngaras o europeas. Se daba cuenta de que empezaba a convertirse en un símbolo.

También se dio cuenta de que rodeando la sala permanecían agentes del F. B. I.

Se acercó al piano y se sentó frente a las teclas. Desde allí vio el mundo de entre bastidores. Estaban llenos.

Randy Bray permanecía de pie, frente a él. A su lado estaba una muchacha, a la que no conocía. Era Katy Brown.

Inició una ligera sonrisa al ver a Peter Bersinger.

Y luego, sus dedos iniciaron las escalas sobre las teclas de marfil del instrumento.

Peter Bersinger se acercó a Randy y a Katy.

—Veo que te recuerda —murmuró en voz baja el «G-Man».

—Ni me olvidará nunca. Fui el primer periodista americano que se encontró a bordo del «Queen Mary», y para él representaba algo más que un reporter. Era algo así como un adelanto de la libertad, ¿comprendes?

Callaron. La música parecía nacer maravillosamente del instrumento. Las manos de Yonsky se movían ágiles, tocando su instrumento. El público parecía embelesado, hipnotizado, escuchando con fervor los sonos que ininterrumpidamente salían de la caja de resonancia.

El concierto duró una hora y media, durante la cual Yonsky no dejó de tocar ni un solo instante.

Las piezas habían salido unidas de sus dedos únicos.

Cuando terminó, se levantó.

Nadie del público se había dado cuenta de lo que había sufrido aquel hombre durante su concierto. La posibilidad de que un disparo terminase con su vida, la responsabilidad de la decisión tomada, el saber que mientras estaba sentado al piano se estaba jugando a su esposa y su hijo, representaron un esfuerzo tremendo para él.

Los aplausos sonaron de un modo estruendoso. El público, puesto en pie, le ovacionaba y se rendía ante su técnica como pocas veces lo había hecho el público de Opera House. Los gritos en húngaro se escuchaban por todas partes.

Yonsky adelantó hacia las candilejas. Los brazos colgaban a lo largo de su cuerpo, y respiraba profundamente, agotado por el duro esfuerzo.

Inclinó varias veces la cabeza agradeciendo las ovaciones. Y luego, con lentitud, se sacó el pañuelo del bolsillo y se enjugó los dedos.

Fue un gesto hecho con mucha lentitud.

Después se retiró hacia los bastidores, hacia donde estaba Randy Bray.

—Le necesito —murmuró al llegar a su lado—. Acabo de sentenciar a un hombre.

Los aplausos continuaban.

Yonsky intentó dar media vuelta y salir otra vez al escenario, pero no lo logró.

No pudo dar ni un paso. Sintió que las fuerzas se le escapaban y agotado por el esfuerzo se desplomó al suelo, sin sentido.

La multitud se interrumpió.

Un silencio impresionante ocupó el espacio que antes llenaban las palmas.

Los agentes del F. B. I. se precipitaron sobre Yonsky. Los periodistas empezaron a impresionar placas.

Mientras, la multitud continuaba sumida en el silencio.

IV

E

L médico se incorporó.

—Es sólo un agotamiento —dijo—. Una cosa pasajera. Dentro de unos minutos estará bien.

—Así lo espero —replicó Randy Bray.

En aquel momento se abrió la puerta y entró John Anders, jefe de la Sección de Represión Anticomunista.

—¿Qué ha sido? —preguntó.

—Nada, un desvanecimiento debido a la tensión a que a estado sometido todo su sistema emocional durante la hora y media que ha durado el concierto.

—¡Buff...! Temía que hubiese llegado el atentado y que no se hubiese producido el fallo.

—Ha estado a punto de darse —le replicó Randy Bray—. Minutos antes de salir al escenario ha recibido una llamada telefónica.

—¿Importante?

—Sí. Venga, la escuchará. La tenemos grabada en cinta magnetofónica, porque había mandado controlar todos los teléfonos del Opera House.

Los dos hombres se dirigieron a un camerino contiguo. Allí había un G-Man, que manipulaba un aparato.

—¿Está todo listo? —preguntó Randy Bray.

—Sí.

La cinta empezó a rodar. Segundos después se escuchó la voz oscura y gangosa que repitió las mismas frases que antes habían escuchado las orejas de Yonsky.

«—Recuerde lo que le dije ayer. La vida de su esposa y de su hijo están en nuestras manos. Si decide ayudarles, límpiase las manos con un pañuelo blanco cuando termine el concierto. Si prefiere que ellos mueran antes que usted, intente convertirse en un símbolo».

La cinta aún dio varias vueltas más, sobre el vacío, antes de desconectarla, hasta que Randy Bray pulsó el botón de paro.

—¿Comprende? —preguntó a John Anders.

—Creo que sí. Yonsky ha estado durante todo el concierto sumido en la duda de lo que debía de hacer, y esto le ha agotado.

—Así es, pero me interesa más otro punto: ¿a cambio de qué le

ofrecen la vida de su esposa y de su hijo?

—Lo ignoro. Nos lo aclarará él mismo.

—Puede que no sea necesario. Y nos exponemos a que por miedo a lo que pueda suceder prefiera continuar callando. Ayer recibió un aviso doloroso, una anticipación de lo que sucedería si las cosas no marchaban de la manera que desea el hombre que le ha telefonado.

—¿Sabe la respuesta?

—No, pero la deduzco. ¿Qué es lo que puede interesar a los comunistas y que esté al alcance de Yonsky? Ésta es la pregunta clave que quiero resolver. Para mí, lo que le piden es algo que él no puede realizar sin despertar sospechas de ninguna clase. Vayamos por partes: él es húngaro, y ha abandonado su país, lo cual le abre la puerta de muchos sitios. Una de las puertas abiertas ha sido la de las fronteras de nuestra patria, donde se le ha brindado hospitalidad y comprensión. Su cualidad de refugiado húngaro le ha puesto, o le pondrá si se lo propone, como parece ser que se lo ha propuesto, dentro del grupo de refugiados y de exilados, que huyeron en octubre de 1956 de Hungría.

—Puede ser.

—¿Qué les puede interesar a los comunistas de todos aquellos hombres? ¿Los políticos? No, no lo creo. Los políticos, mientras ellos tengan la fuerza bruta, no les preocupan lo más mínimo. ¿Pueden interesarles las listas secretas de refugiados? Tampoco lo creo, en primer lugar porque seguramente ya deben de estar en su poder.

—Así, ¿qué es lo que quieren?

—Algo que ya no tiene solución, o al menos lo creen así ellos, y cuyo único camino es la venganza. Ellos quieren vengarse de un hombre que les abandonó y que en la actualidad se encuentra entre nosotros, trabajando... Un pintor, un artista, no les preocuparía. Al comunismo, religión del materialismo, le tiene sin cuidado todo lo que sea referente al espíritu.

—En todo caso, y siendo cierto el razonamiento, les puede interesar un científico.

—Sí, exacto. Es lo que quería que dedujese. Uno de los hombres que atravesó la frontera austro-húngara en 1956 fue un físico: Gregory Salako.

—Sí. Lo recuerdo. Fue uno de los hombres cuya vida corría más peligro y que nos dio más trabajo.

—Pues bien, este hombre yo creo que debe de ser el que les interesa. No creo que le perdonen que haya logrado grandes

avances a nuestra técnica balística, poniendo su potente cerebro a nuestro servicio.

—Creo que empiezo a comprender algo... un húngaro que debe de entregar a otro húngaro, seguramente para secuestrarle, o matarle, a cuya vida ponen un precio, el único que puede mover al primer húngaro: la vida de su esposa y de su hijo.

—Así es. Pero si ellos ponen este precio, si ellos coaccionan a Yonsky de esta manera, es debido a que saben que puede atraerle a una trampa sin que él sospeche nada, sin que Gregory dude en acudir.

—Lo cual sólo sucedería en el caso de que Yonsky fuese amigo de Gregory.

—Y esto nos costará muy poco en averiguarlo.

—Y suponiendo que no sea cierto nada de esto, suponiendo que todo el razonamiento se derrumbe, habremos perdido el tiempo.

—No será la primera vez que esto suceda, y sabemos lo que debemos de hacer: volver a empezar desde el principio y continuar con el plan propuesto.

—Bien, vamos a ver si hay suerte. Hablaremos con el pianista si ha vuelto en sí.

Los dos hombres abandonaron el camerino y se dirigieron hacia el de Yonsky.

En la puerta montaban guardia dos policías y había varios agentes, que intentaban calmar a los periodistas.

Entre los reporteros, Randy Bray vio a su prometida, y a su lado, Peter Bersingler.

Los dos, al verle, se lanzaron sobre él.

—¿Qué hay? —le preguntaron al unísono—. ¿Está muerto, o herido?

—Lo ignoro, no sé nada.

—¡Randy por favor! —protestó la muchacha—. Si quieres, dinos que no te da la gana decirlo, pero no nos creas idiotas.

—Lo siento, pero no puedo.

—Vaya por Dios, hemos perdido la última posibilidad que nos quedaba para enterarnos —murmuró Bersingler, golpeando amistosamente la espalda de su amigo.

Randy Bray se separó de ellos y entró en el camerino.

Yonsky estaba sentado en un sillón, extremadamente pálido.

—¿Se le puede hablar? —preguntó al médico.

—Es preferible que no.

—Me basta con unas pocas palabras.

—Pruébelo, pero no le canse.

El agente del F. B. I. se acercó al pianista y se sentó frente a él. Luego, lentamente, despegó los labios para murmurar dos únicas palabras:

—Gregory Salako —dijo lentamente.

Joseph Yonsky palideció. Sus ojos se abrieron de un modo casi increíble y los labios se movieron agitados por un ligero temblor, producto del miedo.

Randy se dio cuenta del efecto que aquel nombre había operado en el húngaro.

—Ésta es la solución de su enigma, ¿verdad? —insistió con suavidad.

—Sí... sí... —replicó con un hilo de voz.

—Bueno, es lo que quería saber —dijo el G-Man levantándose—. Cuando se encuentre mejor hablaremos.

—No, hablemos ahora.

—El médico nos lo ha prohibido.

—¡Al diablo el médico...! ¿Cómo lo han sabido?

—Como quiera, hablaremos... De una manera muy sencilla: el teléfono por el que le han llamado minutos antes de salir al escenario estaba controlado, y la conversación ha sido grabada en cinta magnetofónica.

—¿Desde dónde han llamado?

—Está ya averiguado, pero no se ha descubierto nada. La comunicación se ha establecido desde el Edificio Central de Telecomunicación, y ha sido imposible controlar al hombre que lo ha hecho. Hay casi doscientas cabinas, y las muchachas que están de servicio no pueden recordar el rostro de todos los hombres que han pedido fichas.

—O sea que...

—Que nos encontramos igual que antes. Al menos usted, pues nosotros hemos adelantado mucho en nuestro camino.

—Lo hubiesen adelantado igual. La verdad es que cuando he salido al escenario, estaba dispuesto a entregar a Gregory, a cambio de la vida de mi esposa y de mi hijo, pero mientras estaba tocando ha nacido en mi cabeza un plan ambicioso y estoy dispuesto a llevarlo a cabo.

—¿Qué plan es?

—Jugar a las dos cartas. Intentaré salvar la vida de mi esposa y de mi hijo, al mismo tiempo que la de Gregory. Por esto, cuando me he acercado a las bambalinas, le he dicho que le necesitaba, antes de perder el conocimiento.

—¡Ah!, ¿se refería a esto?

—Sí. Cuando me estaba limpiando las manos con el pañuelo blanco, sabía que estaba entregando la vida de un íntimo amigo mío, pero también sabía que haría todo lo posible para salvarle.

—O sea que su idea consiste en...

—Iniciar el plan trazado esta tarde, pero darle un giro diferente. Debo de convertirme en un símbolo que dé un poco de aliento al corazón de todos los hombres que han tenido la suerte de poder huir de los países del otro lado del telón de acero, y para ello empezaremos mañana mismo los conciertos de un lado al otro de la nación hasta llegar el momento en que deba de entregar a Gregory, el cual, acudirá a la cita que yo le daré. Somos amigos desde la infancia y no creo que nunca sospeche nada. Antes, yo habré intentado que se me den garantías respecto de mi esposa: que se la ponga en un país neutral, al cuidado de una embajada suiza, por ejemplo, y entonces, sin las manos atadas por este impedimento moral, podremos actuar libremente... ¿qué le parece?

—Perfecto. ¿Cuándo estará en condiciones de iniciar la gira?

—Inmediatamente. Me importa poco mi agotamiento físico. Lo que me interesa es vengarme del daño que me han hecho durante los años que he permanecido bajo su yugo.

—Muy bien, daremos la noticia a la prensa... Y ésta será la última noticia que ellos tendrán de usted.

—¿Por qué?

—Porque a partir de este momento, usted será tabú para ellos, y sólo se les permitirá publicar programas de sus actuaciones o críticas musicales, sin comentarios personales ni convertirle en un tema de interés mundial. Quiero evitar el que su paso sea seguido por un enjambre de periodistas ávidos de la noticia interesante.

—Creí que había libertad de prensa en Estados Unidos —dijo Yonsky con sorna.

—Sí, pero condicionada a nuestra voluntad —le replicó Randy Bray, acercándose a la puerta.

La abrió y salió fuera. Los periodistas se agolparon ante él.

—¿Cómo se encuentra? —dijo otro.

—¿Piensa iniciar una gira por la nación? —preguntó un tercero.

Randy levantó las manos pidiendo silencio. Cuando lo logró, dijo:

—Sí, piensa iniciar una gira por la nación, y espero que ésta sea la última noticia que sus periódicos publiquen de él. No ha sucedido nada, y Joseph Yonsky es un exilado que goza de la protección de nuestra patria. Está un poco delicado y su vida corre peligro si se le continúa molestando como hasta ahora. Desea tranquilidad y la paz

y que nadie se meta con él. Tanto él como el Gobierno de la Nación, esperan que se termine este estado de cosas... Y cualquier periódico que publique noticias suyas, sin haber pasado por la censura estatal, verá retirada la edición íntegra.

Un silbido, de admiración y de indignación, se escapó de los labios de un periodista.

Peter Bersingler era el que había silbado. A su lado estaba Katy Brown, la reporter del «New York Sunday».

—¿Qué opinas? —preguntó en voz baja.

—Conmigo no cuenta esta prohibición.

—Veo que coincidimos, muñeca.

Randy Bray volvió a abrir la puerta, y Yonsky apareció rodeado de agentes del F. B. I.

Su rostro estaba extraordinariamente demacrado y todo en él demostraba agotamiento.

El frack había perdido la apostura anterior y le caía desordenadamente.

Su pequeño lazo negro estaba deshecho y las dos puntas habían resbalado sobre la blanca pechera, formando dos rayas negras que bailaban lentamente, al compás de sus pasos.

El grupo de periodistas le siguió en silencio hasta que entró en el coche que estaba esperando en la parte posterior de la Opera House.

Segundos después, escoltado por otros dos coches, partía a toda velocidad.

Aquella era la última vez que los periodistas le veían.

Joseph Yonsky había dejado, para ellos de ser noticia periodística.

* * *

Tres días después, en el aeropuerto de La Guardia, de Nueva York, Randy Bray no perdía de vista la puerta de entrada.

A su lado estaba Joseph Yonsky, fumando apaciblemente un cigarrillo.

—¿Me esperas?

Randy volvió la cabeza sorprendido. Lo mismo hizo, el húngaro.

—¡Caramba!, si es el señor Bersingler —dijo el pianista.

—Hola, Peter... No, estaba esperando a Katy. Debía de haber llegado hace quince minutos.

—El avión marcha a las cinco veinte, dentro de diez.

—Sí... Oiga, ¿cómo lo sabe? —preguntó Yonsky.

—Muy sencillo. He leído la orden de sus actuaciones y he supuesto que saldrían hoy rumbo a Memphis.

—Así es, Peter. Y si buscas la noticia de interés, te repetiré lo mismo que os dije en la Opera House a tí y a todos los que se dedican a chismorrear a través de los papeles.

—¿Qué dureza, chico!... No, no busco la noticia interesante... O al menos por el momento. Estoy aquí porque debo de largarme.

—¿Dónde vas?

—A Menfis, en el avión de las cinco veinte.

—¿Qué?

Randy se había incorporado.

—He dicho que me voy a Memphis, en el de las cinco y veinte, que sale dentro de unos minutos.

—Sí, sí, ya lo he oído... Oye, Peter, francamente te lo digo, si esperas que te ayude en algo no lo lograrás. Te ruego que no me lo pidas nunca, ¿entiendes?

—No te pediré nada... pero espero algo. Me lo juego todo a una posibilidad. He tenido una corazonada y he asaltado el despacho del director para pedirle las vacaciones anticipadas, con la promesa de que si lograba una noticia sensacional, me pagaría doble y volvería a concederme otras vacaciones, esta vez de corresponsal en Europa.

—¿Y si pierdes?

—Pierdo gastos y vacaciones.

—¿Qué noticias buscas?

—Un reportaje sensacional... la muerte de Joseph Yonsky.

Peter Bersinger dejó caer la última frase como un peso muerto, mirando fijamente al húngaro.

Sin embargo, el pianista no pareció darse por aludido. Una sonrisa tranquila apareció en su boca y luego, redondeando los labios, dejó escapar el humo en perfectos aros que se deshacían en el aire.

—¿Qué dices? —murmuró Randy—. No, no lo repitas, ya lo he entendido...

En aquel momento los micrófonos anunciaron que faltaban cinco minutos para que levantase el vuelo el avión que unía en vuelo directo Nueva York con Menfis.

Desde diversos ángulos de la sala de espera se levantaron viajeros que se dirigieron hacia la puerta de entrada a las pistas.

Randy Bray cogió la pequeña maleta que llevaba y miró por última vez hacia la puerta, esperando ver llegar a Katy, con la que había quedado en despedirse en el aeropuerto.

Creyendo que la muchacha no aparecía, se encaminó hacia las pistas, siguiendo a Yonsky, que andaba delante de él, junto a Peter

Bersingler, cuando la voz sonora y familiar de la muchacha le retuvo.

—¡Randy!

Se volvió alegre.

—¡Criatura!... Pensaba que no llegarías a tiempo.

—Y yo lo mismo, encanto... ¡Si supieras lo que me ha costado convencer al director para que me dejara venir...!

—¿Para que te dejara venir? —preguntó Randy extrañado.

—Sí, claro..., ¿no te lo había dicho?... pues, vengo. Lo he solucionado todo al final pero lo he logrado. He adquirido el único asiento libre que quedaba en el aparato.

—¿Que vienes a Memphis?

—Sí. Os acompaño.

—¡Pero luego nosotros seguiremos la gira!

—¿Y qué?... Yo iré a vuestro lado.

—¡Pero tú estás loca, criatura!

—No lo creas. He tenido una corazonada y...

—¿Otra corazonada?... ¿También tú crees que van a matar a Yonsky?

—Sí. Y tú también, ¿no?

—Puede —reconoció— pero yo estoy para evitarlo.

—Pues yo para hacer el reportaje más sensacional de mi carrera periodística. Cuando Yonsky muera, su tema dejará de ser tabú y entonces podremos escribir lo que queramos sobre él. Imagínate lo que valdrá un reportaje único sobre su muerte.

—Valdrá la mitad de su valor.

—¿Por qué, si será único?

—Porque no lo será. Peter Bersingler ha tenido también la misma corazonada y ya está encaminándose al aparato.

—¡Oh! —murmuró la muchacha desengañada—. ¡Qué porquería, hay que ver cómo está la profesión!

—¿Qué piensas hacer? ¿Vienes o te quedas?

—Vengo... Al fin y al cabo, que entre los dos tengamos la exclusiva de un gran reportaje no nos perjudicaría.

Randy no quiso discutir más. Comprendió de sobra que había perdido la partida, y prefirió callar.

Katy se cogió a su brazo y juntos entraron en las pistas, en busca del avión que les llevaba a Menfis, dispuestos a iniciar la gira que emprendía Yonsky en busca de la muerte.

M

EMPHIS, Filadelfia, Washington, Baltimore, Indianápolis, Chicago, Milwaukee, Sant Paul, Phoenix, Los Angeles... fueron ciudades que se rindieron ante el paso arrollador de la música interpretada por los dedos maravillosos de Joseph Yonsky.

Cada noche, en una ciudad diferente, el húngaro se sentaba delante de un piano. Y cada noche los aplausos estallaban ininterrumpidamente, premiándole.

Los periódicos ya no volvieron a hablar más de él. Únicamente los críticos se ocupaban de sus actuaciones. Sin embargo, su presencia en una ciudad despertaba una enorme curiosidad.

Tres semanas después de haber abandonado Nueva York, llegaron a San Francisco.

Durante aquellos días transcurridos, Peter Bersingler y el húngaro habían aumentado la amistad que había nacido entre ellos. Bersingler había sido el primer periodista que había logrado un reportaje sobre él, y esto hacía que el pianista le mirase con una cierta simpatía.

Katy dejaba pasar los días.

Y Randy Bray se desesperaba, montando servicios de vigilancia, haciendo controlar los teléfonos, creyendo ver detalles reveladores en lo que solamente eran coincidencias.

Para él cada ciudad significaba un cúmulo de problemas que se habían de resolver. Se les esperaba en el aeropuerto, y el F. B. I. ponía a su disposición todos los medios que necesitase. Tenía que estudiar las características del local donde actuaría aquella noche Yonsky, y montar el servicio de vigilancia y control por los alrededores.

Su paso significaba una multitud de trabajo, y él mismo se extrañaba al ver como lograba mantenerse en pie, después de tres semanas agotadoras.

—¿Y después de San Francisco? —le preguntó Bersingler.

Los cuatro estaban sentados en el «hall» del Hotel de las Naciones.

—Atlanta —replicó Randy—. Y luego Clyton, Darston, Minnesota, Jarker... Continuar y esperar.

—Os dejaré pronto, en Minnesota. Se termina mi mes de vacaciones y no puedo perder más tiempo. ¿Y tú qué piensas hacer,

Katy?

—Continuar la ruta, y escribir reportajes de lo que vaya viendo. Siempre hay tema.

—El «Tribune Herald» no me lo permitiría.

—¿Y vuestra corazonada? —preguntó con ironía Yonsky.

—Nos equivocamos. Lo reconocemos y nos retiramos por el foro.

—Esto es lo que se dice mala suerte, ¿verdad?

En aquel momento se acercó un botones y habló con Randy Bray. Instantes después, éste se levantaba diciendo:

—Conferencia con Nueva York. Debe de ser John Ander.

Se dirigió a la cabina telefónica.

—Randy Bray al habla. Diga.

—Soy Ander, John Ander, de la sección de Represión.

—Sí, sí..., ¿algo nuevo?

—Sí; ha llegado el momento de actuar nosotros. Se ha terminado el esperar que ellos hicieran algo.

—Lo que significa que haremos aparecer a Gregory.

—Así es. Está trabajando en los laboratorios de los Alamos, pero se le ha dado orden de que acuda a San Francisco. Será su primera aparición pública y visible. Se tiene que preparar todo de una manera rápida, con la televisión o con la radio... Yonsky debe de interpretar por primera vez el «Hungría Libre», y...

—«Hungría Libre» está aún dentro de su cabeza, pero no tiene una forma concreta —le interrumpió Randy.

—No importa, que improvise. Se tomará en cinta y luego podrá trabajar sobre ello, pero debe de lanzarla esta noche. Así se podrá justificar la presencia de otro exilado importante, Gregory, que además es viejo amigo del pianista.

—Bien, empezaré ahora mismo a organizarlo.

—Sí, procure que sé entere toda la nación. Luego, Gregory podrá ir a saludarle en el camerino, y veremos qué sucede.

—¿Lo sabe el físico?

—No, él cree que es un reencuentro normal en un país amigo de dos hombres que han huido del infierno.

—¿Y luego?... ¿qué dirá luego?

—Lo comprenderá. Sólo sirve como gancho apetitoso para hacer descubrir el juego a ellos.

—¿Y si falla algo?

—No sucederá. Cuide usted de todos los detalles y disponga de todo lo que necesite. Si precisa la ayuda del ejército, no dude en pedirla..., pero no lo haga, sería demasiado. ¿Entendió?

—Sí. Le tendré al corriente si sucede algo.

—Así lo espero. Adiós.

La voz se dejó de oír al otro lado del hilo. Randy colgó el auricular y se dirigió hacia el «*hall*». El pianista y los periodistas permanecían esperando.

—¿Algo nuevo?

—Sí... Y os necesito a vosotros dos: Joseph Yonsky ha dejado de ser tema tabú, por una sola vez, y debéis de lanzar una gran noticia: el reencuentro de Gregory Salako, el físico que huyó durante la revolución del 56, con el gran pianista Joseph Yonsky.

—¿Preparado por el F. B. I.? —le preguntó Peter Bersingler. Le brillaba la inteligencia en los ojos.

Durante una décima de segundo, Randy Bray estuvo tentado a responder afirmativamente. Luego, sin saber muy bien el motivo, reaccionando contra algo que en su interior le advertía y le ponía en guardia, replicó:

—¿Por qué?... No, en absoluto. Ha sido el propio Gregory que se ha puesto en contacto con las autoridades para poder entrevistarse con Yonsky.

—¿Por qué no lo ha hecho antes?

—Lo ignoro, Bersingler —replicó el del F. B. I.

Se sentó en su sillón y sacó el cigarrillo. Peter y Katy se lanzaron a los teléfonos dispuestos a improvisar sobre la marcha sus reportajes para los periódicos.

Yonsky y Randy Bray quedaron solos.

—Debe de interpretar «*Hungría Libre*» esta misma noche.

—¿Hoy?... ¡Pero si no está a punto!

—No se preocupe por esto. La música la lleva dentro de la cabeza y le saldrá bien. Siente el tema, y cuando se ama algo se puede improvisar sobre ello sin miedo de hacer el ridículo.

—¿Por qué se me obliga a hacerlo?

—Para justificar la presencia de Gregory Salako, y para que se pueda publicar la noticia de que él acudirá al estreno.

—O sea, que es una trampa para él.

—Para todos. Si sale como esperamos, los hombres que tanto interés tienen en que usted les obedezca, se pondrán en contacto con usted.

—¿Y si falla algo?

—Representa la muerte, pero no hay que pensar en esta posibilidad.

Randy se levantó.

—¿Dónde va?

—A convocar a los chicos de la televisión y de la radio.

Dentro de unas horas, toda la nación debe de estar al pie de los aparatos, dispuestos a escuchar por primera vez la «Hungría Libre».

—Bien, ha llegado la hora de la verdad. Tendremos que afrontar la situación serenamente.

—Saldrá todo bien.

—Lo espero.

Sin embargo, Yonsky tenía un oscuro presentimiento. Una idea entroncada con la muerte vagaba por su interior.

Randy aplastó la colilla del cigarrillo en un cenicero y se marchó hacia una de las cabinas. Antes de entrar vio a través de los cristales a Katy y a Bersinger que gesticulaban al mismo tiempo que dictaban sus crónicas. Los dos sabían que sería la noticia sensacional en Nueva York, que saldría en primera página al mismo tiempo que la televisión la lanzaba a la calle, lo que representaba un récord de velocidad.

Joseph Yonsky cogió un periódico y se dispuso a esperar. Minutos después se acercó a la ventana y miró las calles. Se dio cuenta de que había un coche de la Policía parado en la esquina y de que dos hombres de aspecto inconfundible, dos «gunman», estaban paseando tranquilamente por la acera del otro lado.

Volvió a sentarse. Acababa de hacerlo, cuando un camarero se le acercó.

—Señor Yonsky, le llaman al aparato.

—¿A mí?

—Sí. No han dicho quién era.

—Diga. Joseph Yonsky al aparato.

—Un momentito, que le pongo con Nueva York.

Sonrió tranquilizado. Seguramente sería John Ander que quería darle órdenes concretas y personales.

Escuchó una serie de ruidos guturales.

—Diga..., diga —volvió a repetir.

Y luego escuchó la voz que le empezaba a ser familiar. Una voz oscura y gangosa, profunda, que hablaba sin pausas.

—Después del concierto de esta noche, salga por la parte posterior del local, donde le esperará un «Austin» negro. Suban y no pregunten nada. Debe atraer a Gregory Salako a la trampa o de lo contrario, le prometemos que llegarán a los Estados Unidos los cuerpos de su esposa y de su hijo. ¿Ha entendido? Por la puerta posterior, y no pregunten nada... Y si existe la sospecha de que la Policía está sobreavisada, nunca llegará el «Austin» a su destino... Ni los pasajeros.

Escuchó luego el ruido que le indicaba que al otro lado del hilo,

y de la nación, acababan de colgar.

—¡Oiga!... ¡Oiga!...

Nadie le respondió. Dejó el auricular y abandonó la cabina telefónica. Se volvió a sentar en un sillón y esperó la vuelta de Randy.

Minutos después llegaba el «gunman».

—Están avisadas las estaciones de radio y televisión.

—Dentro de poco tiempo estarán todos aquí y la noticia será lanzada por toda la nación. Sólo nos faltará esperar.

—¿Esperar qué?... ¿Mi muerte?...

—No. Esperar que los otros piquen y den señales de vida.

—¿Qué?

—Acabo de recibir una llamada telefónica, dándome instrucciones.

—¡Qué dice!... ¿De dónde?

—Desde Nueva York. Se me ha ordenado que esta noche salga por la parte posterior del teatro y suba en un «Austin» negro. Y que me acompañe Gregory Saleko, mi amigo físico.

—¿Nada más?

—Sí; han puesto un precio si yo les traicionaba avisando a la Policía: la vida de mi esposa y de mi hijo.

—Les creo lo suficientemente canallas como para cumplir. ¿Qué piensa hacer?

—Continuar el plan que nos propusimos hace tres semanas en Nueva York, aunque me cueste la vida.

—Gracias. Procuraré que no tenga que pagar un precio tan elevado.

Yonsky cogió un cigarrillo y lo encendió. Se le notaba ligeramente nervioso.

—¿Han dicho que han llamado desde Nueva York? —preguntó Randy.

—Sí.

—Lo cual quiere decir que la noticia ya ha llegado allí, a pesar de que ahora la están retransmitiendo Katy y Peter.

—Deben de saberlo por otro conducto.

—Imposible. A no ser que exista un traidor entre los hombres del F. B. I., lo cual no creo posible...

A Randy le extrañaba todo aquello, y sin embargo aparentemente, los indicios acusaban al F. B. I., los únicos que en Nueva York conocían las intenciones de aquellos hombres que al otro lado de la nación estaban luchando de una manera callada contra el peligro comunista.

No pudo continuar con sus pensamientos.

La llegada de los primeros equipos de la televisión y de la radio llenó de animación el «hall» del hotel.

Cuando Katy, y después Peter Bersingler, abandonaron las cabinas, ya por todas partes estaban tendidos los cables de las máquinas, y se escuchaba el ronroneo suave de las cintas magnetofónicas que imprimían las palabras de Yonsky, anunciando que aquella noche presentaría al público de San Francisco su «Hungría Libre», en homenaje a los que aún permanecían esclavizados.

Peter Bersingler se dio cuenta de que bajo la aparente cara de serenidad de Joseph Yonsky existía un ligero temblor que no anunciaba nada bueno.

* * *

Una vez más el éxito fue enorme. La gente, puesta en pie, ovacionaba a Yonsky.

El pianista, iluminado por los focos, de pie en el centro del escenario, agradecía las ovaciones.

Cuando el telón cayó definitivamente, se encaminó hacia el interior del escenario.

Allí, rodeado por los policías, estaba un hombre.

Yonsky y aquel desconocido se quedaron frente a frente, mirándose. En los ojos de los dos apareció un velo de lágrimas.

Pasado el primer momento de estupor, se lanzaron el uno en los brazos del otro.

—¡Gregory!

—¡Joseph!

Los reporteros impresionaron todas las placas que quisieron.

Luego, casi sin intercambiar palabras, se dirigieron al camerino del pianista.

Allí, Yonsky se cambió el frac por un traje oscuro de calle, después de secarse el sudor que cubría su cuerpo. Mientras lo hacía, sentía un cúmulo de sentimientos encontrados. Estaba aún emocionado por las notas de la «Hungría Libre», que había nacido como por milagro en sus dedos. Estaba haciendo esfuerzos para dominarse ante los acontecimientos que se avecinaban. Y estaba, por encima de todo, deseando que saliese la aventura sin un solo fallo. No ignoraba que cualquier fallo era la muerte de ellos dos.

Cuando terminó, se dirigió a Randy, dispuesto a interpretar el papel que ya se sabía de memoria.

—Desearía salir sólo con mi amigo Gregory, para charlar con

libertad de todo lo que hemos dejado atrás.

—Lo siento, pero no puedo complacerle —replicó Randy.

—Será cuestión de una hora. Yo he pedido un coche y me han enviado un «Austin» negro. Está en la parte posterior del local, esperándonos... No nos puede suceder nada.

Gregory unió sus peticiones a las del pianista. Al fin, el G-Man accedió.

—Les esperaré en el «hall» del hotel de Las Naciones.

—Conforme. Dentro de una hora, si no sucede nada, estaremos allí.

Vencida la aparente resistencia de Randy, los dos hombres salieron por la parte posterior.

Efectivamente, un Austin negro les estaba esperando.

Yonsky abrió la puerta e hizo pasar a su amigo. Luego entró él. Antes de hacerlo sus ojos dieron la vuelta rápida por los edificios que les rodeaban.

No logró ver nada. Y sin embargo, sabía que había docenas de ojos que les estaban observando sin perder detalle y que una cámara cinematográfica, con una lente especial de aventura extracero les estaba siguiendo sus gestos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Gregory.

—Es una sorpresa, amigo. ¡En marcha!

Dio la orden sin saber el camino que el vehículo seguiría.

El Austin emprendió una veloz fuga y como una centella abandonó la oscura callejuela que nacía en la parte posterior del teatro.

Sin aminorar la velocidad se introdujo en una calle más amplia, e igualmente desierta a aquellas horas.

Yonsky volvió la cabeza y miró a sus espaldas.

Estaba deseando ver un coche de la Policía, un vehículo, una luz, aunque sólo fuese el brillo de un par de ojos, que le indicasen que no se encontraban solos, luchando contra un enemigo desconocido.

De repente, en una esquina, apareció el morro negro de un coche. Fue como un amago de aparición.

Yonsky respiró tranquilizado.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Gregory.

—Nada.

El Austin continuaba a la misma velocidad endiablada.

—¿No vamos muy deprisa? —inquirió el físico.

—No.

No había terminado de negar, cuando las ruedas chirriaron

desgarradoramente y el Austin resbaló unos metros sobre el asfalto, dejando unas huellas profundas y prolongadas.

Los dos hombres habían rodado por el suelo del coche.

Frente al vehículo había aparecido un camión enorme, maniobrando para salir de una estrecha bocacalle.

Y casi en el mismo instante, a sus espaldas brillaron las luces de los faros de dos coches.

Una sirena aguda y profunda rasgó el aire.

El silencio fue roto por el maniobrar rápido del Austin, y por las sirenas.

La mole enorme del camión pareció girar sobre sí misma en el intento de evitar el choque.

Por unos segundos pareció que el Austin se iba a estrellar en los edificios de la derecha, pero al fin, el chófer dominó el volante y el vehículo pasó difícilmente entre el camión y la pared de una casa.

Había remontado el obstáculo, cuando hasta ellos llegó una explosión.

Yonsky, que se había incorporado ya, vio cómo una llamarada salía del camión y lo convertía en una hoguera que bloqueaba la calle, imposibilitando el paso.

Fue en aquel momento cuando comprendió que todas aquellas maniobras formaban parte de un plan perfectamente desarrollado, que le demostraba que el cerebro que dirigía aquella banda sospechaba de él.

Al otro lado de la hoguera quedaban las sirenas de los coches de la Policía.

Frente, el camino libre que les llevaba hacia lo desconocido.

—¿Qué ha pasado? —gritó Gregory.

Yonsky movió la cabeza.

—No lo sé... no lo sé... —replicó.

En los ojos del físico se reflejaba el temor. En los de Yonsky la indiferencia, pues sabía que había perdido a su esposa y a su hijo en aquella jugada. Para él ya todo empezaba a ser igual, la muerte y la vida, la lucha y el trabajo...

Cuando doblaron una esquina dejó de verse el camión convertido en tea, bloqueando la calle.

Segundos después un coche apareció por la derecha. Yonsky volvió el rostro al darse cuenta de que les seguía un vehículo.

No pudo distinguir nada porque las luces le privaron la visión.

Escuchó su frenar, y se dio cuenta de que el conductor descendía y las abría la puerta.

—¡Bajen!

El coche que les seguía paró detrás de ellos.

De él descendieron tres hombres, empuñando pistolas.

Llevaban todos los rostros cubiertos.

Gregory dudó unos instantes.

—¡¡Baje de una vez!! —le gritó uno de los enmascarados zarandeándole y sacándole del interior.

Los dos obedecieron.

Uno de aquellos hombres, con acento extranjero, le dijo al físico:

—Suba con nosotros, Gregory Salako. Ha llegado el momento de pagar las viejas deudas.

El físico pareció comprender en aquel instante lo que no había querido creer antes. Se volvió hacia Yonsky y con la voz traspasada por el dolor y el odio le gritó:

—¡¡¿Tú?!... ¡¡¿Has sido tú, traidor?!!

Un ramalazo de indignación azotó el cuerpo del pianista.

—¡¡No!! —rugió.

Y al mismo tiempo se lanzó sobre el hombre que tenía más cerca, propinándole un tremendo puñetazo en el rostro que le hizo caer hacia atrás, tambaleándose antes unos pasos.

Uno de los enmascarados se lanzó sobre Gregory y le hizo entrar en el coche, El otro disparó contra Yonsky, pero su disparo pasó silbando por encima de la cabeza del húngaro.

Yonsky saltó como una fiera sobre aquel hombre, y su puño, cargado de dinamita, buscó el fuera de combate rápido. Pero aquella vez se enfrentaba con un hombre que sabía lo que era una pelea callejera y se encontró sorprendido.

Sin saber cómo, su cuerpo fue volteado por el aire, y luego lanzado contra el suelo.

Hizo un esfuerzo para incorporarse, cuando hasta él llegó el ruido de un motor que se acercaba roncando a toda velocidad.

Quedó con una rodilla apoyada en el suelo, viendo como los hombres enmascarados se llevaban a Gregory, que en el interior del coche se debatía en su último esfuerzo desesperado.

En el mismo instante en que uno partía, el segundo coche frenaba a su lado. Era un taxi.

La puerta se abrió y apareció el rostro de un hombre.

—¡Suba, Yonsky!

—¡¡¿Usted?!!

—Sí, suba.

El pianista obedeció.

Acababa de reconocer a aquel hombre.

—¡Sígales!

—Calle —replicó aquel hombre con voz seca. Y luego, cerrando la puerta, habló con el conductor—. Llévenos a Mayen Street, en la plaza Victory.

—¿Dónde vamos? —preguntó Yonsky.

—¡Calle!... Ahora me toca hablar a mí.

El coche reemprendió la marcha.

Segundos después la calle quedó vacía.

Nada parecía hacer sucedido en ella.

Mientras, unas manzanas más lejos, los bomberos estaban luchando contra las llamas de un camión que había bloqueado una calle.

A

LFRED Porsch sonrió satisfecho cuando divisó a un hombre que le hacía la señal de que parase.

Aquel hombre estaba junto a una farola, levantando la mano.

—¿A dónde, señor?

—A Camerling Street.

—¿Camerling... Camerling...?

—Sí, en el barrio de Douston.

—¡Ah, ya caigo!

Apretó el acelerador.

Por el espejo retrovisor vio a su pasajero que consultaba el cronómetro que brillaba en el puño. No le podía ver el rostro, porque él siempre tenía el retrovisor puesto de una manera que distinguía las manos.

—Estamos llegando, señor —murmuró minutos después.

—Dé una vuelta a la manzana.

Le pareció muy raro todo aquello. Camerling Street era una calle completamente desierta a aquellas horas. No se veía a nadie por sus aceras. Pero obedeció, porque el cliente era el que pagaba, y el que paga manda.

—Vaya más despacio.

Comprendió que el desconocido estaba esperando algo. Aminoró la marcha mientras daba la vuelta a la manzana.

Cuando iba a desembocar en la última recta, vio un coche que pasaba, lanzado a toda velocidad.

Luego, casi inmediatamente, otro que le seguía.

—¡Apriete! —rugió el desconocido.

Intrigado, Alfred apretó el acelerador.

Cuando su vehículo torció la última bocacalle, la escena apareció ante sus ojos de un modo confuso, sumido entre las sombras y las tenues luces que iluminaban la calle.

Pudo ver a un hombre que se lanzaba sobre otro. Y a un individuo caído en el suelo.

—¡¡¡Deprisa!!!... ¡¡Pare a su lado!!

Sus gestos fueron maquinales, casi sin darse cuenta de que los realizaba.

Pisó a fondo el freno y las ruedas chirriaron como si sufriesen lo indecible. Y en el mismo instante, uno de los vehículos partía.

La puerta de su coche se abrió y se dio cuenta de que el pasajero hacia el gesto de bajar.

—¡Suba, Yonsky! —Oyó que gritaba, dirigiéndose a un hombre que permanecía con una rodilla apoyada en el suelo, intentando recuperarse.

—¿Usted?!!

—Sí, suba.

Aquel hombre obedeció. Alfred tuvo la impresión de que se conocían.

El vehículo osciló cuando entró el nuevo pasajero.

—¡Sígales! —Fue la primera palabra.

El vehículo que había partido pisando el acelerador empezaba a perderse de vista. Iba a obedecer cuando una voz, la del otro pasajero, le ordenó:

—¡Calle!... Llévenos a Meyen Street, en la plaza Victory.

—¿Dónde vamos? —preguntó la otra voz.

—¡Calle!... Ahora me toca hablar a mí.

Alfred maldijo la hora en que se le ocurrió poner el retrovisor mirando las manos de las parejas que subían a su vehículo. Deseaba ver el rostro de aquellos dos hombres, pero no podía hacerlo.

Aguzó el oído.

Nada llegó hasta él.

Enfiló en la dirección indicada, y durante unos minutos atravesaron las calles desiertas y mal iluminadas, hasta entrar en la Dowin Street. Luego, inmediatamente, en la Palmon, la avenida más importante de San Francisco.

Allí la animación era extraordinaria.

Las luces de los semáforos les paraban con frecuencia.

De repente una lluvia finísima empezó a caer.

Alfred soltó unas cuantas palabras mal sonantes y volvió a aguzar el oído.

Ni una sola palabra se cruzaba entre los dos hombres que llevaba en la parte posterior. Intentó girar la cabeza, y casi en el mismo instante su pie, en un gesto reflejo, pisó el freno. Había visto cómo se agrandaba de un modo anormal el morro de un coche, y frenó con el tiempo justo.

Las ruedas chirriaron. Oyó una maldición a sus espaldas y un pequeño quejido.

—No has sido nada —murmuró, intentando esbozar una sonrisa.

Se intercambiaron insultos con el otro chófer y continuaron el camino.

Remontaron dos esquinas y entraron en la Mayer Street.

—Pare en el lado derecho de la plaza Victory —dijo una voz, que reconoció como la del primer pasajero—. Bajaré allí.

—Conforme.

Tres minutos después, paraba.

—Me apeo. A mi amigo condúzcale a la central del F. B. I. Puede que a ellos les interese hablar con él. O verle.

—Bien.

El hombre se perdió en la acera. Llovía. No pudo ver su rostro. Sólo vio el cuello de la americana, que le cubría casi media cara, y su gesto rápido, de buscar protección en una puerta vacía.

Alfred volvió a ponerse en marcha.

Para ir a la nueva dirección debía de dar la vuelta completa a la Plaza Victory, que era de dirección única.

Se paró. Encontró una luz roja y tuvo que esperar medio minuto.

Giró el rostro y miró a la parte posterior. No pudo precisar nada. Se dio cuenta de que su pasajero permanecía apoyado a la ventanilla, como mirando al exterior.

Volvió a ponerse en marcha. Los pensamientos volaban por su cabeza. Suponía que cuando llegase al F. B. I. debería de empezar con las declaraciones y contar punto por punto todo lo que había visto y lo que había pasado.

Enfiló la recta del tercer lado de la enorme plaza.

Se fijó en un hombre que estaba de pie en la acera, mirando al otro lado. La luz estaba verde. Alfred pisó el acelerador para pasar antes de que se le interrumpiese el paso.

En aquel instante, vio que el hombre que estaba parado en la acera levantaba el brazo, como si saludase a alguien y empezaba a atravesar la calzada.

Alfred lo vio casi encima. Apretó el «claxon» con rabia y hundió el pie en el freno.

Las ruedas resbalaron sobre el asfalto mojado.

Todo sucedió con una rapidez de vértigo.

Aquel hombre, que llevaba impermeable de plástico, gritó como un energúmeno y saltó hacia atrás.

La parte delantera del coche de Alfred le cogió por el centro y lo lanzó como un pelele hacia adelante.

El hombre y el coche tardaron unos segundos en quedar quietos.

—¡¡Idiota!! —rugió Alfred, abriendo la puerta de un puñetazo y saltando al suelo.

El atropellado yacía en medio de la calle, con la cara llena de sangre, que manaba abundantemente de una ceja partida.

Tenía las manos cruzadas sobre el estómago y se retorció de

dolor.

Varios peatones se acercaron corriendo. Tres coches más se pararon al lado.

—¡Yo le he avisado; ha sido él que se ha lanzado encima del coche!!... ¡Parecía idiota!

Alfred se agitaba nervioso.

—¡En cinco años de conductor y nunca me ha sucedido nada parecido! —gimoteaba—. ¡Y todo por culpa de un despistado!

Se acercó un policía. Uno de los peatones corrió a un bar para avisar a una ambulancia.

—No es necesario. Aquí está el Hospital Militar y le atenderán de urgencia —dijo otro.

Así era. Uno de los ángulos de la plaza era un hospital.

Entre varios cogieron el cuerpo del caído, que no dejaba de gimotear, y lo levantaron en vilo.

Alfred se dirigió a su coche para aparcarlo y evitar el embotellamiento.

Se sentó al volante. Y el momento de hacerlo miró al asiento posterior.

Sus ojos se abrieron llenos de estupor al ver al pasajero tendido en el suelo.

—¡Qué... qué demonios...! —murmuró.

Saltó del asiento como picado por una víbora y abrió la puerta posterior.

Al hacerlo, la cabeza del pasajero perdió el único apoyo que tenía, y rodó, quedando colgada.

Un grito de terror se escapó de los labios de Alfred.

Con la mano temblorosa cogió por los pelos aquella cabeza y la levantó un poco. Notó que pesaba una barbaridad.

Al hacerlo, los ojos del pasajero, increíblemente abiertos, le miraron con fijeza.

—Muer... muerto... muerto... —murmuró.

Dejó caer otra vez la cabeza. Se apoyó sobre la capota del coche para no caer y durante unos segundos permaneció de aquella manera.

Se acercó el policía. La gente se arremolinó a su lado.

Pronto se descubrió que el cadáver tenía un estilete clavado en el costado derecho, un estilete largo y profundo, que le atravesaba los pulmones y alcanzaba hasta su corazón, rozándole con la caricia de la muerte.

—¿Quién es? —preguntó el policía.

Alfred se encogió de hombros.

—¿Dónde lo ha cogido?

—En Camerling Street.

Al decir aquel nombre Alfred recordó lo sucedido. Fue en aquel momento cuando comprendió en el lío que se encontraba metido.

¿Quién le creería lo de la lucha presenciada en una calle desierta, la aparición suya llevando en el coche a un personaje al que no había logrado ver el rostro, y del que no sabía nada? No pudo pensar más, porque cayó rodando por el suelo.

Minutos después salieron dos camillas del Hospital Militar. En una de ellas pusieron el cadáver. En la otra el taxista.

Pronto llegaron los periodistas.

Y lo que en un principio parecía ser un accidente complicado con un asesinato, se convirtió en la noticia del día de la nación: Joseph Yonsky, el pianista húngaro, acababa de ser asesinado en el interior de un taxi.

* * *

—¡¡¿Y Gregory Salako?!! —rugió al otro lado del hilo John Anders.

—Se ignora su paradero —contestó Randy Bray.

—¡¡¿Qué?!!... ¿Se le ha perdido la pista?

—Sí, señor... No ha sido posible hallarle, por el momento.

—¡¡Oh, oh, oh!!... Esto es un desastre, un verdadero desastre...

¡¡¡Randy, le doy un día para descubrir el asesino y desarticular a este maldito grupo de comunistas!!!

—Bien, señor.

—¡¡¿Y dice bien?!!... ¡¡Mal, mal, mal!!

Brandy frunció los ojos. Estaba agotado. Habían sucedido demasiadas cosas en pocas horas para que pudiera resistirlo sin estallar. Sólo faltaban los gritos del jefe de la Sección de Represión Anticomunista para acabar de solucionar las cosas.

Colgó el auricular de un golpe.

Casi en el momento volvió a sonar el timbre.

—¡¡¿Qué?!! —gritó enfurecido.

—¡¡Un día, le doy, un día!! —Volvió a oír la voz de su jefe al otro lado del teléfono—. ¡¡Y voy a venir yo en persona!!... ¡¡Oh, oh, oh, esto es increíble!!... La mitad de la Policía de una ciudad para luchar contra un grupo reducido, y no logran nada... ¡Oh...!

Brandy volvió a colgar.

Cogió un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa y se dirigió hacia el despacho contiguo.

Estaban examinando uno por uno todos los exilados que habían

estado presentes en la sala.

—¿Qué?... ¿algo nuevo? —preguntó a uno de los agentes del F. B. I. que estaban interrogando.

—Nada... por el momento.

—Hay que insistir. Nos han dado un día.

—Buff...

Los agentes estaban en mangas de camisa, con las corbatas aflojadas, colgando sobre sus pechos.

Había cinco mesas, frente a las cuales estaban sentados los que eran sometidos a interrogatorios.

Los G-Man empleaban todas las tretas usuales, intentando cazar a alguno de los detenidos en error, pero no lo lograban.

La única conclusión que sacaban era la de Yonsky era para ellos un símbolo viviente, el hombre que debía de llevar a todos los hogares el grito de protesta por lo que estaba sucediendo al otro lado del telón de acero.

Randy imaginaba todas las soluciones posibles, y, sin embargo, no encontraba ninguna que le pareciese lógica. Lo único que sabía era que en el mismo instante en que se habían lanzado a la persecución del coche que se llevara a los dos húngaros, un camión se había estrellado contra la pared y provocado un incendio, que había bloqueado la calle.

Cuando dieron la vuelta por el otro lado de la manzana, ya era demasiado tarde.

El Austin negro había desaparecido como tragado por la tierra.

—Tenemos una matrícula, la del Austin, que debe de ser falsa, y sabemos que dos hombres han desaparecido vivos y uno ha sido ya encontrado muerto. Y no tenemos nada más. ¿Es suficiente todo esto para encontrar al hombre que dirige y gobierna a todo este grupo?

—Creo que no —replicó un G-Man.

—Pues tiene que serlo... o nos jugamos el sitio.

Randy se aflojó la corbata.

—El hombre que conducía el camión ha tenido tiempo de saltar de él y huir, protegido por las llamas que nos impedían el paso... llamadas amenazadoras desde Nueva York antes de que la noticia llegue allí... No lo entiendo, no lo entiendo, no lo entiendo...

Mientras, los interrogatorios continuaban.

Sobre los cerebros de aquellos G-Man había una pregunta que representaba la solución del enigma.

«¿Quién había matado a Joseph Yonsky?».

El problema aparecía lo suficientemente intrincado como para

desanimarles. Y, sin embargo, todos continuaban con su labor, dispuestos a demostrar, una vez más, que el bien siempre triunfa y el mal recibe su justo castigo.

Eran las doce de la noche cuando se recibió una llamada telefónica.

—¿Quién es? —preguntó Randy al agente que le avisó.

—Una mujer. Dice que se llama Katy.

—¡Ah!, mi novia.

Se acercó al teléfono.

—Hola, di rápido, que tengo prisa. ¿Qué quieres?

—Oye, Randy, estoy en el Hospital Militar.

—¿Qué esperas?... ¿Hablar con el muerto?

—No... Estoy haciendo un reportaje sobre la muerte de Yonsky... Voy a ver si puedo hablar con el hombre que ha sido atropellado.

—¿Lo crees de interés?

—Nunca se sabe. Puede.

—Que tengas suerte, muñeca.

—Igualmente.

Randy colgó el teléfono.

Volvió a la sala donde se interrogaba a los últimos detenidos.

—¿Hay algo? —preguntó.

—Nada.

—Volvió a sonar el teléfono.

—¿Qué? —preguntó poniéndose él directamente.

—Soy yo, Katy.

—Sí, di, ¿qué quieres?

—Oye, ¿sabes quién es el atropellado?... Nunca lo podrías adivinar.

—¿Papá Noel? —preguntó ahogando un bostezo de cansancio.

—No... Es Peter Bersingler.

—¡¿Qué?!... ¿Peter?

—Sí.

—¡Ahora mismo voy!

Agitó la cabeza. Parecía como si dentro hubiese una revolución de ideas.

Aquella extraordinaria casualidad envolvía aún más el asunto.

El hombre que había sido atropellado por el coche en cuyo interior el húngaro halló la muerte, era el periodista que había perseguido el reportaje sobre el final de Yonsky con más ahínco.

Y ahora, postrado en cama, no podía hacer nada para retransmitir la noticia al «Tribune Herald».

VII

C

UANDO Katy Brown abandonó el taxi, sintió la caricia de la lluvia sobre su rostro.

Se paró unos segundos para observar el edificio del Hospital Militar. Tenía diez pisos y todo en él presentaba las características normales que dan en este tipo de instalaciones.

Sonrió pensando que estaba de suerte. Para ella la muerte de Yonsky representaba un reportaje sensacional.

Miró el reloj. Era casi la medianoche. Tenía aún tiempo para recoger detalles y acabar de redondear su reportaje. Al otro lado de la nación, en Nueva York, se llevaba una diferencia horaria de cuatro horas, lo que para ella significaba la ventaja de llegar a tiempo para la edición primera de su periódico.

Únicamente la intranquilidad al no haber visto a Peter Bersinger. La muerte de Yonsky era lo que les unía, y la mera sospecha de que el reporter del «Tribune Herald» hubiese encontrado una pista por su lado, le quitaba el sueño.

Entró en el edificio.

Le costó poco conseguir lo que quería. Se presentó como periodista y se le dieron las máximas facilidades.

El médico de guardia le mostró las declaraciones efectuadas en el mismo Hospital por el taxista, y Katy las leyó con atención. Hubiera dado media vida para saber quién era el misterioso personaje que había desaparecido y del que no se sabía nada.

—¿Y el atropellado? —preguntó cuando hubo anotado lo que le interesaba.

—Está en la habitación 269, en el tercer piso.

—¿Ha sido grave?

—No, ha tenido suerte. En realidad ha sido un golpe fuerte en la región central, del que se ha recuperado con rapidez, y un trompazo en la cara que ha provocado una rotura de ceja, con la consiguiente sangre... Usted ya sabe lo espectaculares que son estos golpes en dicha parte: provocan sangre, ensucian el rostro, y total para nada.

—¿Puedo hablar con él?

—Sí, claro. Se encuentra perfectamente. Esta noche puede que se quede aquí, pero mañana se le dará de alta. Además, no creo que se niega a facilitarle el trabajo; es un periodista.

—¿Qué dice?... Parece ser que es cierto aquello de que nos

metemos en todas partes. ¿Cómo se llama?

—... No lo recuerdo... no es de San Francisco, es de fuera... Aquí está apuntado, en el libro de ingresos.

El médico, con una sonrisa, le tendió el libro a Katy, ayudándola a encontrar lo que quería.

—Está aquí. Peter Bersingler —leyó.

—¡¿Qué?! —gritó la muchacha, sin querer dar crédito a lo que podía leer con sus propios ojos.

—Peter Bersingler... ¿lo conoce?

—Sí, mucho... ¿Me permite que telefonee?

—Sí, claro.

Segundos después daba la noticia a su novio, Randy Bray.

—¿Qué? —Oyó al otro lado del hilo.

—Soy yo, Katy.

—Sí, di, ¿qué quieres?

—Oye, ¿sabes quién es el atropellado? Nunca lo podrías adivinar.

—¿Papá Noel?

—No... Es Peter Bersingler.

—¡¿Qué?!... ¿Peter?

—Sí.

—¡Ahora mismo voy!

Randy colgó el aparato. Katy, haciendo un mohín de disgusto, miró al médico, preguntándole:

—Ha dicho que está en la 269, ¿no?

—Sí, en el tercer piso.

—Voy allí.

Se dirigió al ascensor y segundos después se encontraba en el tercer piso de aquel edificio aséptico en su totalidad.

Recorrió el largo pasillo, mirando los números de las puertas. Y mientras lo hacía, una extraña sensación recorrió todo su cuerpo. Una idea insólita acudió a su mente.

No continuó con su pensamiento porque llegó delante de la habitación 260.

Golpeó suavemente la madera y entró.

Las luces estaban encendidas. Una enfermera se le acercó. Katy sólo vio a Peter Bersingler sentado en la cama, leyendo un periódico, con un montón de cuartillas a su lado y fumando un cigarrillo.

—¡Hola, Katy!... Pasa, anda, y siéntate. Quiero que me cuentes muchas cosas.

La enfermera dejó paso a la muchacha, y haciendo un cortés

saludo abandonó la habitación.

—Hola, Peter... ¿Cómo te encuentras?

—Bien, muy bien... y maldiciendo por haber perdido el reportaje del año. El médico de guardia me ha contado que Yonsky ha muerto y que su cadáver se encuentra en esta misma clínica.

—Es cierto.

—¡Valiente porquería!... ¡Y yo encerrado en la cama sin poder ir por ahí, en busca de tema!

—Por esto vengo a verte a ti. He pensado que el hombre que fue atropellado podía ser parte de un reportaje. Cuando me he enterado de que eres tú, las cosas han cambiado, claro.

—Siéntate, y cuéntame lo sucedido. ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí.

Katy cogió el encendedor que estaba encima de la mesita metálica y encendió el cigarrillo.

Se sentó y cruzó graciosamente las piernas. Sus rodillas quedaron al aire y Peter sonrió al verle aquella parte del cuerpo.

En aquel momento se escucho el chirriar de las ruedas de un coche que resbalaba sobre el asfalto mojado. Y casi en el mismo instante, el ruido de un choque y de cristales que caían destrozados al suelo.

En un movimiento reflejo Katy se levantó y se acercó a la ventana.

Peter se quedó quieto en la cama, sin hacer ningún comentario.

A través de los cristales vio lo sucedido. Un vehículo había chocado contra una farola al entrar en la Plaza Victory, viniendo de la Mayen Street. Sus ruedas no habían mantenido la dirección y el accidente se había producido de un modo inevitable.

El tránsito se había interrumpido. Dos agentes de la circulación, bajo la lluvia, intentaban canalizar el paso de los vehículos por el espacio libre. Algunos se arremolinaron alrededor del coche accidentado.

—¿Hay heridos? —preguntó Bersingler.

—No —replicó maquinalmente la muchacha. Katy tenía la mirada fija en la plaza. Las ideas pasaban rápidas por su cerebro. Una, sobre todo, se había convertido en obsesiva. Una idea terrible, que acusaba a un hombre como autor de la muerte de Yonsky.

Ahora, desde aquel tercer piso, visto todo desde un ángulo nuevo, el problema aparecía claro.

Una plaza enorme, con una sola dirección para todos los vehículos y con varios semáforos que regulaban el tránsito y que motivaban paradas de medio minuto.

En aquel momento, del interior del coche que había chocado salió un hombre con la mano en el rostro.

—Hay un herido —murmuró Katy.

—¿Grave?

—No lo creo... viene hacia aquí por su propio pie.

—Anda, siéntate y olvídate de él.

El accidentado atravesó la plaza Victory por uno de sus ángulos y se dirigió al lado opuesto de la enorme plaza.

Aquello fue lo que ya no hizo dudar a Katy.

La terrible idea había tomado cuerpo y forma determinada.

De un golpe rápido se giró y se enfrentó con Peter Bersingler.

—¡¡¿Tú?!!! —rugió.

Los ojos de la periodista despedían centellas. Sus manos casi temblaban. Todo su cuerpo parecía agitarse.

Sólo una idea permanecía fija en su cabeza.

—¡¡¿Tú?!! —volvió a preguntar, encarada con Peter.

* * *

Randy Bray colgó el teléfono de golpe.

Cogió la americana, que tenía sobre una silla, y se dirigió hacia la salida del edificio del F. B. I.

—¡Watson, Roders!, ¡acompañadme!

Los dos nombrados cogieron sus americanas y siguieron a Randy.

Con rapidez salieron del edificio y subieron en uno de los coches que estaban al servicio de los agentes del F. B. I.

—Al Hospital Militar —ordenó Randy—. Vaya por Mayen Street.

—Bien.

Atravesaron la ciudad con rapidez.

Cuando llegaron a la esquina de Mayen Street con la plaza Victory, se encontraron el tránsito cortado.

—¿Qué sucede?

—Lo ignoro, señor —replicó el chófer—. Parece ser que ha habido un accidente.

En aquel momento se les acercó un guardia del servicio de circulación.

—¿Qué ha pasado, agente? —le preguntó Randy, sacando el rostro por la ventanilla y mostrando su insignia del F. B. I.

—Nada, señor. Un coche que ha resbalado por la lluvia y ha chocado contra el farol.

—¿Algún accidentado?

—Ninguno. El conductor ha sufrido un golpe en la cara, pero

nada.

—Bien.

Randy abrió la puerta y salió.

—Aparca por ahí, donde puedas —dijo al chofer—. Nosotros atravesaremos la plaza a pie. Llegaremos antes que en coche.

Watson y Roders le imitaron.

Los tres hombres abandonaron el vehículo.

La lluvia caía sobre ellos mojándoles.

* * *

—¿Qué quieres decir? —preguntó Peter Bersingler.

Su rostro parecía de piedra. Estaba sentado en la cama, con el cigarrillo entre los dedos, sin darse cuenta de que se estaba quemando.

Sus ojos, fríos y metálicos, miraban con dureza a la muchacha.

Katy permanecía frente a él, temblando.

—¿Qué quieres decir?! —volvió a preguntar.

—¡Que has sido tú!!... Has sido tú..., tú.

Bersingler se incorporó en la cama. Sintió un tirón enorme en la carne, debido a su gesto rápido, y una mueca de dolor se dibujó en su rostro.

Katy, sin perderle de vista, intentó rodear la cama y dirigirse al teléfono.

Bersingler saltó con rapidez.

Sus ojos parecían inyectados de sangre.

—¡¿Qué quieres decir?!! —rugió otra vez.

—¡¡Asesino!!

Katy había perdido el control de sus nervios y ya no sentía ni miedo ni temor. Las palabras estaban a punto de fluir con toda rapidez por su boca.

En un movimiento rápido dio la vuelta a la cama y se precipitó al teléfono, descolgándolo con violencia.

—¡Policía... Policía!... —empezó a decir.

En aquel momento, Peter Bersingler, el periodista del «Tribune Herald», se lanzó encima.

Katy cayó al suelo.

Al otro lado del teléfono se escuchó un ruido.

—¡Aquí..., aquí!... —Intentó decir.

Pero la mano del hombre ahogó su voz.

* * *

Randy no se había separado aún unos tres metros del vehículo,

cuando de repente se paró.

—¿Qué? —le preguntó Watson.

No replicó. Había momentos en que su cerebro funcionaba a una presión terrible. Y en aquellos momentos las ideas saltaban con rapidez, para llegar a conclusiones lógicas y siempre ciertas. El se conocía, y no podía sufrir que una pregunta estúpida le rompiese el hilo de sus deducciones.

Su mirada recorrió con rapidez la plaza. Tenía, cuatro lados. Era de dirección única. Los semáforos intermitentes paraban el tránsito cada minuto. Era imposible dar la vuelta a la plaza sin encontrar por lo menos una o dos luces rojas.

Miró al hospital militar.

Estaba frente al lado donde había chocado un coche con una farola. Un hombre herido atravesaba en aquellos momentos la Plaza Victory.

¡¡Un hombre atravesaba la Plaza Victory!!

Allí estaba la clave de su enigma. En los movimientos de aquel accidentado se encontraba la solución del enigma.

Dejó que pasaran aún unos segundos. Sintió que un sudor frío le nacía en la frente y que un cosquilleo nervioso recorría su cuerpo.

De repente, gritó:

—¡¡Vamos!!... ¡¡El asesino está en el Hospital Militar!!!

Watson y Roders se miraron entre sí.

Pero no tuvieron tiempo de hacer ningún comentario, pues Randy había echado a correr hacia el edificio que formaba uno de los ángulos de la plaza.

* * *

—¡¡¿Qué vas a hacer?!! —murmuró intentando ahogar sus propios gritos. Y al mismo tiempo una de las manos de Peter Bersingler intentó cerrar la boca a la muchacha.

Los dos cuerpos jadeaban. Katy se revolvía intentando liberarse de aquel peso, pero no lo logró.

—¡Cálmate, chiquilla, cálmate!..., ¿estás loca?..., cálmate, cálmate...

Bersingler había logrado dominar sus nervios e intentaba calmar a la periodista del «New York Sunday».

—¿Qué tontería has pensado?... ¿Que yo he matado a Yonsky?... Dilo. ¿Verdad que crees eso?

Sus ojos ahora eran acariciadores, y su voz sonaba meliflua. Sin embargo, continuaba jadeando, agotado por el esfuerzo.

—¿Verdad que has pensado que yo lo he matado? —repitió.

Katy movió ligeramente la cabeza, asintiendo.

Bersingler sonrió. Y luego, con un gesto lento, colgó el teléfono, que hasta aquel momento había estado colgando.

—Te equivocas, Katy —añadió.

—No.

—Sí.

—¡¡No!!... ¡Lo he comprendido todo hace segundos, cuando he visto la Plaza Victory aquí arriba...!

—¡No es cierto!

—¡¡Sí!!... ¡Y te lo demostraré!!

En aquel momento golpearon a la puerta.

Bersingler, otra vez desencajado, quedó en silencio. Su mano, con toda la fuerza de que era capaz intentaba ahogar los posibles gritos de Katy.

Durante unos segundos, un silencio absoluto reinó en la habitación.

Los golpes volvieron a sonar.

Peter, de un salto, abandonó a Katy y se dirigió hacia la puerta. La abrió de golpe, y en el marco apareció un enfermero.

De un puñetazo en el rostro lo tumbó al suelo. Luego, cogiéndolo por las axilas, lo introdujo en la habitación.

Katy, que intentó huir en aquellos momentos, recibió un fuerte golpe que la hizo caer en la cama.

Bersingler aprovechó aquellos momentos para quitar la bata blanca al enfermero y luego la ropa de calle.

Con rapidez se vistió y se dispuso a abandonar la clínica.

En el momento en que iba a salir de la habitación, oyó gritos en el «hall» de entrada.

Corrió a lo largo del pasillo y por el agujero de la escalera vio a tres hombres.

Hasta él llegaron las voces y los gritos.

—¡¿Dónde está el hombre que ha sido atropellado esta tarde?!!
—Oyó claramente que preguntaba uno de los tres.

—¡¡Rápido!! —añadió otro.

Luego se produjeron unos cortos diálogos.

Y, de repente, llegaron hasta él las palabras que nunca hubiera querido escuchar.

—¡¡Somos del F. B. I.!!

No quiso oír más. Corrió otra vez por el pasillo, en busca de la salida para caso de incendio.

En el preciso momento en que pasó por delante de la que había sido su habitación vio a Katy, que tambaleándose aparecía en el

marco.

Una idea cruzó su cerebro.

Hasta él llegaba el ruido de los hombres que, corriendo, subían las escaleras.

Y uno de aquéllos, había reconocido la voz, era Randy Bray, el hombre que amaba a la periodista.

No dudó ni un instante.

Cogió a la muchacha por la cintura, de un zarpazo, como un oso enfurecido, y rugió:

—¡¡Ven, maldita!!... ¡¡Sabrás lo que es bueno!!

VIII

M

MORROW aplastó la colilla del cigarrillo sobre la mesa de intercomunicadores de la central de la Policía de San Francisco.

En la habitación donde se encontraba, el humo formaba una ligera nube que lo difuminaba todo. Había seis policías más, casi todos fumando, atendiendo a las llamadas y controlando a toda la ciudad.

En aquel momento sonó el teléfono.

—Policía. Diga.

Llamaban desde el Hospital Militar. En la centralilla se había recibido una comunicación interior en la que se reclamaba a la Policía.

—¡Era una mujer!... Ha repetido la Palabra Policía dos veces.

—¿Y luego? —preguntó de un modo maquinal Morrow.

—Nada. Silencio.

—Bien.

Morrow colgó el teléfono. Segundos después sonaban los timbres de alarma y docenas de hombres se ponían en movimiento.

No había transcurrido medio minuto de la llamada, cuando las sirenas de los coches de la Policía atronaban el aire de la ciudad, pidiendo paso.

Ninguno de aquellos hombres sabía a dónde acudía, pero todos sabían que alguien se encontraba en peligro, y acudían dispuestos a cumplir con su deber.

* * *

Las escaleras parecían desaparecer bajo los pies de Randy. Mientras, Watson y Roders subían por los dos ascensores, dispuestos a copar al hombre que buscaban si éste intentaba huir.

Cuando llegó al tercer piso, solamente vio a sus dos compañeros. Se abrió la puerta de una habitación y apareció una enfermera.

—¡¿Dónde está el hombre que han atropellado esta tarde?! —preguntó Randy, tirándose casi encima.

—Al fondo, en la 169..., ¿le buscan?

—¡Sí!... ¡Es un asesino!

—¡¿Qué?!

La enfermera palideció notablemente. Cuando cayó al suelo, los tres hombres estaban ya lejos de ella, frente a la 269.

Randy hundió la mano en la sobaquera y segundos después empuñaba su arma.

De un patadón terrible abrió la puerta y se lanzó al mismo tiempo contra la pared lateral.

Watson y Roders hicieron lo mismo.

Siguieron unos segundos de silencio angustioso. Randy, con lentitud, asomó el rostro. Y cuando se convenció de que no había nadie en la habitación entró.

Sus dos agentes hicieron lo mismo.

El enfermero estaba en el suelo, al otro lado de la cama. Y sobre una silla había el bolso y la libreta que Katy Brown empleaba para sus reportajes.

—¡Maldito cobarde! —murmuró Randy.

—¿Qué hacemos?

—No puede estar muy lejos... ¡Vamos a vigilar los alrededores!

Salieron de la habitación, y se distribuyeron por las habitaciones, en busca del hombre que buscaban.

Su presencia causaba el terror de los enfermos, no acostumbrados a ver sus habitaciones invadidas por gente empuñando «Luggers».

Al fin, fue Watson quien sospechó la posibilidad de que existiese una escalera de urgencia en la parte final del pasillo.

Se dirigió allí.

Una ventana estaba abierta. No necesitó más pruebas.

La escalera metálica, de salida de urgencia, se perdía en la oscuridad de la noche. Continuaba lloviendo y de cuando en cuando se escuchaba el ruido arrollador de un trueno lejano, presagio de una tormenta mayor.

—¡Randy!... ¡Roders!... ¡¡Aquí!! —gritó.

Aquellas palabras atrajeron a los dos hombres. Al ver la escalera lo comprendieron.

—¡Vamos!

Randy no lo dudó ni un instante. Segundos después sintió la caricia de la lluvia. Notó que el agua resbalaba por su rostro y que se introducía por el cuello de la camisa.

—¿Hacia dónde? —preguntó Roders.

—Tú quédate aquí, vigilando esta fachada. Nosotros iremos hasta la azotea, y en el ángulo te quedarás tú, Watson, cuidando todo aquel sector... Yo continuaré por allí.

—¿Solo?

—Sí. ¿Por qué no?... Ahora ya es un asunto mío, particular. Ese maldito lleva consigo a mi novia, ¿entiendes?

Los dos hombres asintieron.

Randy, sin esperar su consentimiento, se lanzó corriendo escaleras arriba, seguido por Watson.

Sus pisadas resonaban sobre el hierro con un acento lúgubre, terrible, presagio de luchas y muertes.

La lluvia continuaba cayendo con violencia creciente y las ropas, empapadas, dificultaban cada vez más los movimientos de los hombres.

Las luces de los pasillos se encendían casi todas de golpe, y los diez pisos del Hospital Militar quedaron convertidos en una catarata de luz.

Por las ventanas se asomaban rostros curiosos, que seguían los movimientos de aquellos dos G-Man.

Cuando llegaron al último piso, se dejó de escuchar el ruido de sus pisadas. Sólo se oía el caer del agua.

Abajo, en la Plaza Victory, que encerraba el secreto de la muerte de Joseph Yonsky, el tránsito continuaba rodando, ajeno completamente a la tragedia, cuyos primeros actos empezaban a darse en lo alto del Hospital Militar.

—Quédate aquí, vigilando todo esto.

—Bien.

Randy adelantó por la azotea, con la «Lugger» en la mano.

Sus ojos recorrieron con rapidez el espacio que aparecía delante suyo.

No vio a ningún ser vivo. Sólo las antenas de la televisión, que formaban un pequeño y monstruoso bosque.

Seguro de que allí no se encontraba Peter Bersingler, ni su novia, se encaminó hacia uno de los extremos de la azotea, que lindaba con un edificio de siete pisos.

Cómo había supuesto, allí había una escalera de hierro, de emergencia, que unía las dos azoteas.

Randy comprendió que aquél era el único sitio posible por donde había podido huir Bersingler.

Por un momento pasó por su cabeza lo sucedido en el instante de la muerte del pianista húngaro. No lo había visto, claro, pero, lo comprendía perfectamente y era capaz de imaginarse la escena, sin temor de equivocarse en ningún detalle.

Asomó su rostro en el vacío. Tres pisos más abajo había otra azotea. Y al lado, en el edificio lindante, había otra azotea a la misma altura, y luego un edificio mucho más bajo.

No perdió más tiempo. Bajó por la escalera de hierro y entró en la nueva azotea.

Se volvía a repetir el panorama de antenas de televisión. Sólo que ahora existían unas claraboyas prominentes que podían esconder perfectamente un hombre.

—¡Peter!... ¡Sal! —gritó Randy.

El silencio fue la única respuesta que obtuvo su orden.

—¡¡Sal!! —volvió a repetir.

Nadie replicó.

Con lentitud, empuñando la «Lugger» y dispuesto a disparar, adelantó lentamente, cambiando de ángulo.

No vio a nadie. Atravesó la azotea y miró en la contigua.

Todo parecía ser igual. Las mismas malditas antenas de televisión, que parecían repetirse hasta el infinito, y las claraboyas idénticas.

Una idea de miedo, de enfrentarse con lo desconocido, recorrió el cuerpo de Randy.

Y en el mismo momento se avergonzó de aquella ráfaga de miedo que le había azotado como un trallazo y agitó la cabeza como si intentara apartar, lejos de sí, lo que era un mal pensamiento.

Empuñó la «Lugger» con más fuerza aún.

Con lentitud pasó una pierna por encima de la baja pared y luego otra. Durante unos segundos permaneció sentado en el borde, hasta que con un gesto se dejó caer al otro lado, en la azotea contigua.

Una ráfaga de viento agitó débilmente las antenas de televisión, produciendo un ruido metálico sibilino.

Randy se sintió solo. Y era la verdad. A sus espaldas quedaban las ventanas completamente iluminadas de los diez pisos del Hospital Militar, y la azotea exactamente igual a la que tenía en frente.

La luz del hospital no llegaba hasta allí, y todo parecía sumido en la oscuridad.

Adelantó un paso.

No parecía tampoco haber nadie allí. Y sin embargo, su sexto sentido le decía que detrás de cualquiera de aquellas pequeñas torres formadas por las claraboyas había un hombre. Y su pequeña y querida Katy Brown.

Sonrió al pensar en Katy, y sobre todo al ver que aún en sus pensamientos la llamaba pequeña.

El viento volvió a agitar las antenas.

La lluvia caía ahora con una fuerza terrible.

Estaba completamente empapado.

Adelantó dos pasos más. Se encontraba ya rodeado por las claraboyas.

Y dos ojos estaban fijos, clavados en él.

* * *

La mano de Peter Bersingler cayó con fuerza sobre la boca de Katy en el momento justo para ahogar el grito de alarma en los labios de la muchacha.

Sin embargo, no pudo cerrarle los ojos.

Eran unos ojos terribles, redondos, increíblemente abiertos, en los que se reflejaba el miedo y el terror por lo que pudiese suceder a aquel otro hombre que lentamente había pasado primero un pie, luego el otro, y permanecido unos segundos sentado sobre el borde de la pequeña pared que separaba las dos azoteas.

Los segundos que siguieron a aquellos momentos fueron de terror.

Veía acercarse a Randy lentamente, rodeado por la lluvia, empuñando la «Lugger» dispuesto a disparar, andando entre la oscuridad, sin saber que frente a él, casi a su lado si adelantaba dos pasos más, estaba un hombre, Peter Bersingler, que se lo tenía que jugar todo por todo si quería salvar la vida.

* * *

Peter Bersingler se mordió los labios para no gritar de dolor al sentir los dientes de Katy Brown que se le clavaban en la palma de la mano.

Pero a pesar del terrible dolor aguantó. Sus ojos continuaban clavados en el hombre que adelantaba hacia él.

Le faltaba muy poco para que pudiese saltar sobre él. Faltaban unos ochenta centímetros.

Sólo alargar la mano y lo podía tocar.

Pero él no quería alargar la mano. Quería alargar el puño con toda su potencia en busca del mentón de Randy. Quería atacarle por sorpresa, desarmarle para evitar que con el ruido de su disparo atrajese la atención de los otros dos agentes.

Y al mismo tiempo que sus ideas se sucedían con la velocidad del vértigo, pensaba en lo desagradable que sería para él dar aquel paso, adelantar su puño contra el hombre que había sido su amigo.

Todo desfiló otra vez por su cabeza. La amistad desde el principio, el reencuentro en Birmania, el momento en que le salvó la vida, su caída en poder de los comunistas, las tremendas torturas morales a que había sido sometido, los terribles lavados de cerebro

que se le habían efectuado... Recordó, fugazmente, la alegría del día que le prometieron la libertad a cambio de su colaboración dentro de los EE. UU. Había aceptado dispuesto a terminar de una vez con todo aquello, pensando que luego, en su patria, todo sería muy diferente. Pero cuando la realidad llegó, fue muy distinta.

Los comunistas continuaban dominándole. Se le había convertido en el jefe de una sección de represión y castigo, y había tenido que operar y mandar, siempre protegido y amparado en su figura de periodista anticomunista.

Todo lo que hacía estaba vigilado, y una vida dependía de cualquiera de sus movimientos falsos: la de su madre.

Se sabía en las redes del comunismo y en el fondo sólo deseaba terminar con todo del modo que fuese, pero terminar.

Sin embargo, ahora no podía ser. Si él moría y se descubría toda la organización, era posible que la venganza se cebase en su madre.

Tenía que matar a aquel hombre, a aquel amigo, y a la muchacha que había amado. Porque ésta era la verdad. El había amado con locura a Katy Brown, pero había comprendido que unirla con él era embarcarla en una aventura peligrosa, una aventura de muerte. Sabía que el comunismo se hubiese cebado con ella, como rehén, cuando le hubiese faltado la madre.

Sintió que el corazón le latía con violencia. Con tanta violencia que le extrañó que su sonido no llegase a Randy Bray.

En aquel momento el agente adelantó un paso más.

¡Estaba casi a su lado!

Los músculos se tensaron, su puño se cerró. Faltaban cuarenta centímetros y empezaba la última jugada.

Randy movió el pie y adelantó un paso más, llegando hasta la altura de una de las pequeñas torres que formaban las claraboyas.

La lluvia continuaba cayendo con violencia.

En aquel mismo instante el puño de Peter Bersingler salió disparado como una catapulta.

El golpe fue terrible.

Randy abrió la boca, desencajada por el dolor, y su cuerpo se lanzó hacia atrás. Por unos segundos había perdido el control de sus movimientos y no tuvo tiempo de recuperarlos porque Bersingler, que había dejado a Katy, se lanzó en tromba sobre él.

El segundo puñetazo estalló en el vientre del F. B. I. y le hizo doblarse hacia adelante. Casi en el mismo momento, un tercer puñetazo le cogió la cara de lleno. Fue un golpe dado de abajo a arriba, que llevaba la fuerza de un mazazo.

La azotea dio vueltas alrededor de Randy, y por unas décimas de

segundo pareció que iba a perder el conocimiento.

La «Lugger» había caído al suelo.

Bersingler, ávidamente, la buscó. Cuando la vio, una sonrisa de triunfo se pintó en su rostro.

Se abalanzó para cogerla, y en el mismo momento en que iba a hacerlo sintió un tremendo patadón en la mano, que casi le destrozó la muñeca, y que hizo salir despedida al arma, rodando.

—¡Canalla! —rugió Randy Bray.

Bersingler, sujetándose la mano, le miró.

Los dos hombres estaban frente a frente, jadeando.

—¡Cana... nalla! —repitió Randy—. Nunca..., nunca te hubiera creído... capaz... capaz de algo semejante... ante...

Se miraban con fijeza, sabiendo que sólo un final había: la muerte.

Bersingler movió la cabeza.

—No podía hacer otra cosa —murmuró.

—¡Pero lo has matado!

—Sí, he sido yo... era el único hombre en quien él confiaba de verdad... fui el primero en entrevistarle, mis antecedentes son —se paró un momento y rectificó— mis antecedentes eran anticomunistas... ¿comprendes?... Y la orden era matarle al precio que fuera. Ya no nos servía para nada, porque nosotros sabíamos que a la Secretaría de Estado había llegado la noticia de que su esposa y su hijo habían muerto en el intento de huida.

—¡Eres un cobarde, canalla!

—Sí, soy un cobarde... pero sólo me queda un camino: huir.

—¡No!... ¡Te presentarás delante de la Policía y el mundo entero sabrá los métodos que emplean los comunistas!

Negó con la cabeza, lentamente.

—No, amigo, no... Debo de huir, salvar el pellejo... Yo he cumplido con mi misión, y ahora me ha llegado la hora del descanso, de saberme tranquilo. A partir de hoy estaré buscado y fichado, y ya no serviré para nada en los planes comunistas... Puede que me llegue la tranquilidad, la paz y el olvido en Canadá o en cualquier otra parte del mundo. Los comunistas prescinden de los hombres que no les son útiles... y yo ya no lo soy... ¿Sabes lo que significa para mí salir con vida de esta azotea?... ¡La tranquilidad!

—¡No la lograrás!... ¡Yo también debo de cumplir con mi deber!

—¡Randy!... Recuerda lo que pasó en Birmania. Si no fuera por mí ahora no estarías aquí... Tus huesos hubiesen quedado entre aquellas palmeras.

—¡¡¡Lo siento por ti...!!! porque te haré pagar tus culpas.

—No lo lograrás... ¡Acércate, si te atreves!

Randy lo hizo. Con lentitud, observando los movimientos de fiera acorralada de Bersingler.

Mientras, Katy, con los ojos aún desorbitados por el terror, presenciaba la escena.

De repente llegaron hasta ellos los ruidos de las sirenas. Eran unas estridencias que atravesaban el aire, taladrándolo con su sonar metálico.

—La Policía —murmuró Randy—. Dentro de dos minutos estarán en la azotea del hospital, y dentro de tres estarán aquí... ¡Entrégate, es lo mejor que puedes hacer!

Continuaba adelantando mientras hablaba.

Bersingler, negando con la cabeza, iba manteniendo la distancia.

Llegó un momento en que se encontró a la altura de Katy Brown.

Y en el mismo instante en que los reflectores de los coches iluminaron toda la fachada de la casa, su mano se dirigió hacia la muchacha y la abrazó por la cintura convirtiéndola en su escudo.

—¿Qué haces?

—¡¡Quiero mi vida y mi libertad!!... ¡Dame la «Lugger»!

—¡No la tengo!

—¡¡Búscala!!... O morirá ella.

Bersingler, en un rápido gesto, dio la vuelta a una de las claraboyas y quedó al lado de la pared que le separaba con el vacío.

Bastaba un esfuerzo más, y el cuerpo de Katy Brown y el suyo propio saltarían al vacío, abrazados con la muerte.

—¡La «Lugger»! —volvió a repetir Bersingler.

Katy se agitaba entre sus brazos, intentando librarse de aquellas tenazas de acero que la sujetaban. Pero no lo lograba.

Randy comprendió que la única solución estaba en perder tiempo. Asintió con la cabeza y buscó el arma. No le costó mucho encontrarla.

—Toma —murmuró adelantando con la «Lugger» en la mano.

Bersingler alargó la palma de la mano.

Randy soltó el arma y en un gesto reflejo Peter Bersingler se agachó a pescarla en el aire antes de que tocara el suelo.

Aquello fue su perdición.

Al inclinarse su rostro quedó al descubierto y sirvió de blanco para los puños de Randy.

El golpe terrible le hizo soltar su presa y caer apoyado sobre la pared. Al otro lado estaba el vacío.

Durante unas décimas de segundo quedó oscilando. Luego cayó hacia dentro de la azotea, donde otro puñetazo terrible le recibió

para lanzarlo contra la pared por segunda vez.

Entonces Randy no esperó nada. Como una fiera se abalanzó sobre aquel hombre y le propinó un tercer y último puñetazo.

El rugido de dolor se convirtió en un alarido terrible, de muerte.

Bersingler había sido proyectado en el vacío y su cuerpo pareció un pelele cuando cruzó el espacio.

Hasta la azotea llegó el ruido del choque.

Y casi instantáneamente la marcha de sangre que se extendió a su alrededor se disolvió en él agua.

Randy pasó su brazo alrededor de la espalda de Katy y la atrajo hacia si con suavidad.

—No mires —murmuró—. No vale la pena que veas algo semejante.

Ella asintió sin saber a lo que asentía.

Y notó que las lágrimas resbalaban por sus mejillas mezcladas con la lluvia, lágrimas que los labios de él intentaron secar, hasta que se encontró con los labios de ella y la besó intentando hacerle comprender su deseo de que nunca más viera la muerte tan cercana y tan desagradable.

Abajo, en la calle, los coches de la Policía iluminaban con sus faros y focos la fachada del hospital y de los edificios de la manzana.

Y los policías y agentes del F. B. I. formaban un círculo cuyo centro era el cuerpo de Peter Bersingler, el hombre que había matado cumpliendo órdenes de los comunistas.

La justicia había triunfado una vez más.

EPILOGO

E

RAN las dos de la mañana cuando sonó el teléfono.

Randy Bray estaba dictando la comunicación oficial de lo sucedido.

—¿Diga? —preguntó poniéndose directamente.

—Aquí John Nader, desde Nueva York —dijo al otro lado del hilo una voz oscura y gangosa, cansada.

—Aquí Randy Bray. Diga.

—¡Ah!, es usted, bueno... le telefono para decirle que dentro de tres horas saldrá con dirección a San Francisco un equipo de especialistas de la sección criminal para que le ayuden en su trabajo.

—¿Qué trabajo?

—¿Está borracho o es idiota? —rugió John Anders el jefe de la Sección de Represión Anticomunista—. ¿Qué trabajo puede ser?... ¡Ayudarle a descubrir al asesino de Yonsky!

—¡¡Caramba!!... Haber empezado por ahí. ¡Ah!, no se moleste en enviarme a nadie. Ya está todo resuelto.

—¿Eh?... ¿Qué dices?... ¿Qué está todo resuelto?

—Sí. Y el asesino ha muerto intentando salvar su vida.

—¿El asesino ha muerto?... ¿Y cómo lo sabe que era él?

—Porque todo le acusaba... Se lo explicaré en dos palabras: mire, imagínese una plaza con dirección única, en la cual los coches entran por un lado y salen por el otro, después de haberse encontrado con varios semáforos, lo que les hace perder un minuto o dos. Imagine que un hombre llega al primer lado de la plaza en un taxi, acompañando a otro. Le clava un estilete que le atraviesa el corazón y lo deja en el vehículo. Sale, continúa a pie, el coche reemprende la marcha, encuentra varias luces, pierde el minuto o minuto y medio que pierden todos, y cuando se encuentra al otro lado de la plaza, en el punto opuesto en que descendió uno de los pasajeros, atropella a un hombre... ¿Descartaría a alguien usted?

—Sí, claro... Al atropellado.

—Pues bien, en este caso descartaría al asesino, porque aquel hombre era el que le había matado.

—Sí. Desde el momento en que dejó el taxi hasta que sucede el atropello, ha pasado un minuto, en el peor de los casos, tiempo suficiente para que el pasajero atravesase uno de los lados de la

plaza, se sitúa en el borde de la calle y espere la llegada del vehículo. Cuando lo ve venir simula llamar a alguien, intenta atravesar la calle, corre dudando y al fin cae bajo las ruedas del coche, que ya ha empezado a frenar... Bien hecho, ni siquiera hay posibilidades de que el accidente ocasione lesiones.

—¿Y esto es lo que ha pasado?

—Así es. Y el hombre que ha sido atropellado es el mismo que le llamaba desde Nueva York. Fue de los primeros que supo que Yonsky aquella noche daría su primera audición del Hungría Libre. Imagine que aquel hombre, con la excusa de telefonar a su periódico lo que hace primero es llamar a un determinado número de Nueva York...

—¿Era periodista?

—Sí, luego le diré quién... Llama a un número, da la noticia e inmediatamente se pone una conferencia con San Francisco, amenazando al pianista. Es la coartada perfecta... hasta que falla algo y se descubre todo..., ¿comprende?

—Sí, creo que sí... ¿Quién es el asesino?

—Peter Bersinger.

—¡¡¡¿Qué?!!!... ¿Pero cómo es posible?...

—Lo es, lo es... El comunismo se sirve de todos los hombres mientras todos los hombres sean capaces de servirle.

—¿Y Gregory Salako?... El físico.

—Sí, ya sé... Está en nuestro poder otra vez. La policía de carreteras ha detenido un coche sospechoso en las afueras de la ciudad y allí estaba nuestro hombre.

—Bien, creo, amigo Brandy, que sólo me queda felicitarle.

—Y algo más. Concederme un permiso de tres semanas.

—¿Para qué?

—Para casarme y hacer mi viaje de luna de miel.

Al otro lado del hilo se escuchó la risa, ahora alegre, de John Anders.

—Bien, con una condición: quiero ser padrino de boda.

—Aceptado el permiso y el padrino.

En aquel momento, Katy, que estaba también en la oficina, se le acercó.

Randy la abrazó y lentamente acercó sus labios a los de ellas.

Al otro lado de la nación, John Anders continuaba hablando, pero ahora ya nadie le escuchaba.

—¡¡Oye!!... ¿Me escuchas?...

—Sí... si quiere venir a la boda se celebrará dentro de cinco días.

Aquellas fueron las últimas palabras de Randy, porque colgó el aparato y continuó besando a Katy Brown, que en aquellos momentos se consideraba la mujer más feliz de los Estados Unidos.

Había logrado el amor y el reportaje más sensacional de todos los tiempos.

FIN





EDITORIAL ROLLAN, S.A.

Amaro García, 17 × Madrid-5

10
Pts.